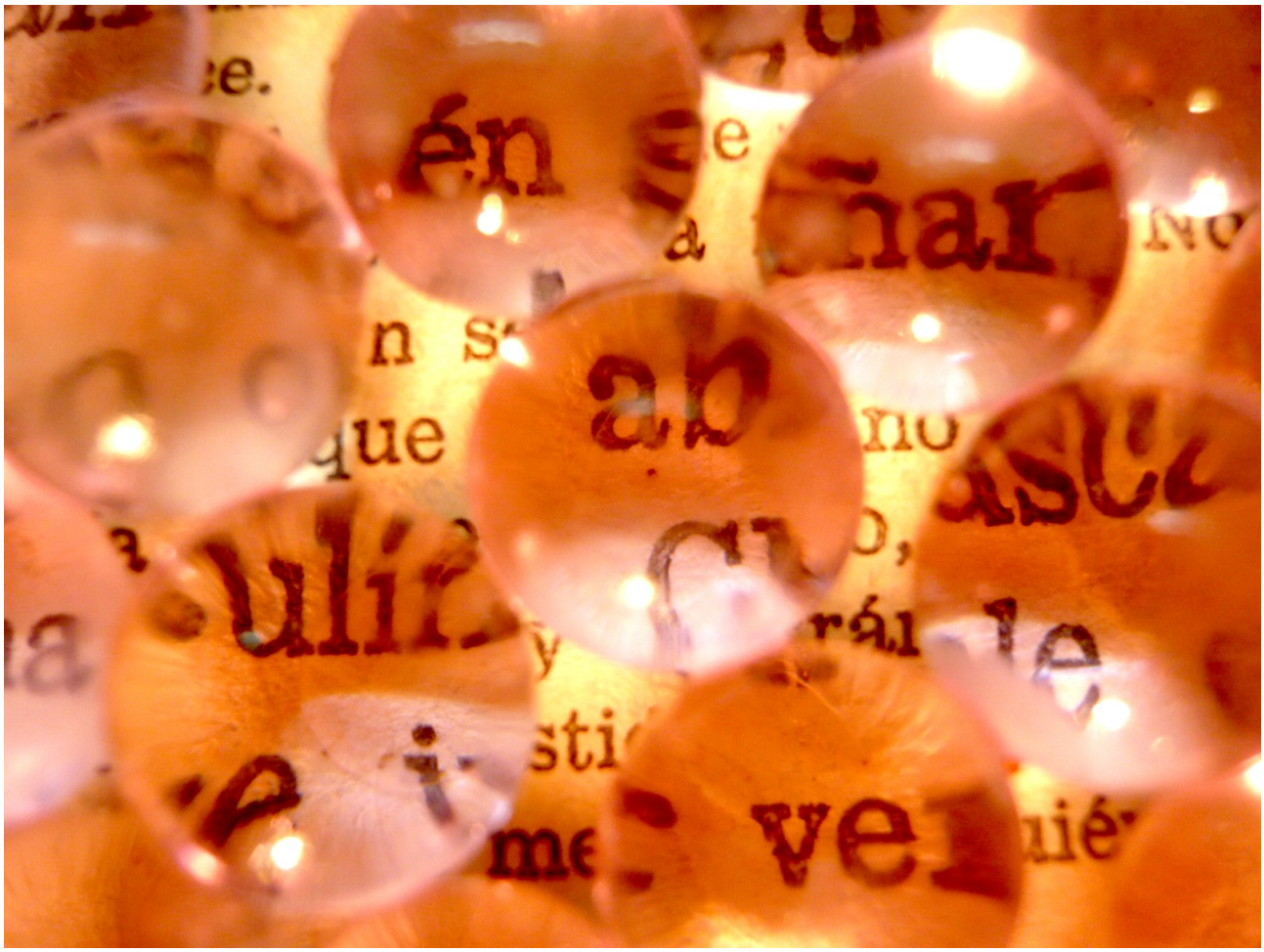
ÁGORA

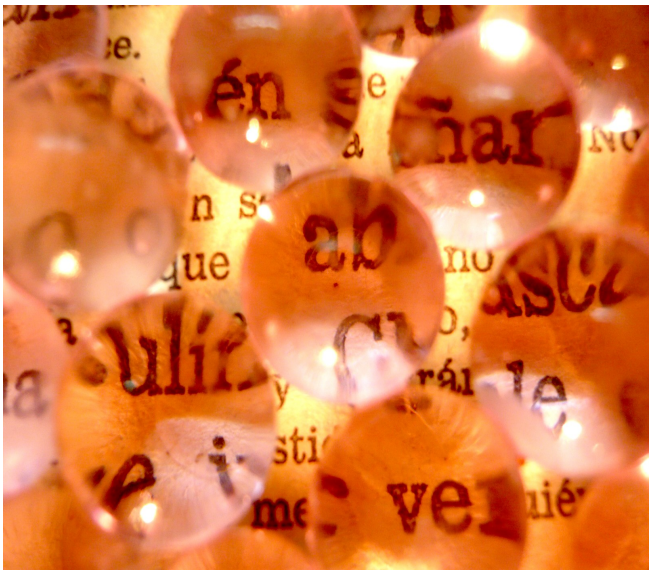
PAPELES DE ARTE GRAMÁTICO
Núm. 21. Boletín digital 6. Noviembre 2010

LA LITERATURA EN LOS MÁRGENES DE LA LITERATURA



Venancio Iglesias, José Ángel Cilleruelo, Raquel Lanseros, Katy Parra,
Mircea Opriță, José María Millares Sall, Luis Alberto de Cuenca

ÁGORA
PAPELES DE ARTE GRAMÁTICO
Núm. 21. Boletín digital 6.
Noviembre 2010



Co-directores:

Fulgencio Martínez

Francisco Javier Illán Vivas

Colaborador informático: Javier Israel Illán

Portada: **Agustín Calvo Galán** (Poeta barcelonés, autor de libros de poesía como **A la vendimia en Portugal,** y de poemas visuales.)

Los textos publicados en *Ágora* son inéditos (salvo indicación expresa) y su *copyright*, así como el de las ilustraciones, es propiedad de sus autores. *Ágora* no se responsabiliza de las opiniones expresadas por ellos. EL TITULO, DISEÑO Y CONTENIDOS DE ESTA REVISTA ESTÁN PROTEGIDOS LEGALMENTE: LOS TEXTOS E ILUSTRACIONES NO PUEDEN SER REPRODUCIDOS EN OTRO MEDIO SIN LA AUTORIZACIÓN DE LOS AUTORES DE LOS MISMOS.

Caesar non est supra grammaticos

EDITA: Taller de Arte Gramático

Depósito Legal: MU-0195-998

ISSN: 1575-3239

La revista impresa puede adquirirla solicitándola en nuestro email de contacto, o a través de la librería Diego Marín (www.diegomarin.com) o en librería González Palencia (tno. 968 201443, e-mail: gonzalezpalencia@diegomarin.com).

TALLER DE ARTE GRAMÁTICO

CONTACTO: agora@emurcia.com

BLOG de la revista, realizado por Francisco Javier Illán Vivas:

http://agoralarevistadeltaller.blogspot.com

Cómo publicar en *Ágora, papeles de Arte gramático*:

http://agoralarevistadeltaller.blogspot.com/2009/10/como-colaborar-en-agora.html.

Si desea recibir periódicamente la revista en su correo electrónico, escriba a nuestra dirección de CONTACTO.

SUMARIO

5 **EDITORIAL**

7 **TEXTOS MAGISTRALES**

7 *El árbol de Don Deogracias***.** Relato de Venancio Iglesias.
17 *Les Nymphéas.* Un poema de José Ángel Cilleruelo.
19 *Beatriz Orieta.* Poema de Raquel Lanseros.
21 Poemas de Katy Parra.

23 **PER-VERSIONES**

Poemas de Cancioni italici/ Canciones itálicas, de Mircea Opriță**.** *Presentación y traducción de Marian Raméntol.*

29 **DIARIO DE LA CREACIÓN**

29 Maximiliano Hernández Marcos. *Egometraje del poder en cuatro figuras.*
31 Fulgencio Martínez. *Por Beas de Segura*. A Carmen de Michelena.
32 Dolores Estal. *Desde lo más bajo.*
33 José Cantabella. *Ártico.*
34 Juan Tomás Frutos. *No dejes de abrazarme.*
35 Bruno Jordán. *Veinticuatro horas en la vida de nadie.*
37 Karina Solís Walther. *Sueño de tierra.*
38 Isabel Martínez Barquero. *Esta noche es el tiempo...*
39 Perfecto Herrera. *Capuchinas.*
40 Patricia O (Patokata). *Madre tierra.*

42 Geyser López. *La carta silente.*
44 Rafael Gómez Sales. *El viajante.*
45 José Ángel Parejo. *Invulnerable*
46 Miriam Brandan. *Antes de la madrugada*
47 Gocho Versolari. *Ayúdame a disolverme.*
49 Juan Pedro Ruiz. *Palabras a Carmen Conde.*
50 José Alfonso Pérez Martínez. *Tríptico de la soledad.*
51 Enrique Gracia Trinidad. *Poemas inéditos.*
52 Gines Reche. *La siguiente colina.*
53 Juan Manuel Jurado Romero. *Desde la cubierta.*

54 **RELATOS**

54 El retablo luminoso/ David Garrido Navarro
57 Hueso de pescado/ Juan Pablo Cozzi

59 ***ARTICULOS LITERARIOS***

59 *Justicia poética: A propósito de* Cuadernos*(2000-2009) de* José María Millares Sall. Premio Nacional de Literatura 2010 en poesía/ Coriolano González Montañez

63 Domingo Nicolás, en los espacios del tiempo/ Carlos Clementson
67 Joaquín Piqueras o el arte del poema breve/ Fulgencio Martínez
70 Los malos poetas/ Jorge González Fernández
73 ¿Por qué escribir?/ Rubén Muñoz Martínez

74 **BIBLIOTHECA GRAMMATICA**
Libros de Poesía

74 *El reino blanco*, de Luis Alberto de Cuenca. Por Francisco J. Illán Vivas
76 *Los adolescentes furtivos*, de Toni Quero. Por Fulgencio Martínez
78 Dos poemas de *Los adolescentes furtivos*.
79 El temor del Auriga, de Antonio José Mateo. Por F. J. Illán Vivas

80 ***UT PICTURA***

Poema visual de Agustín Calvo Galán

EDITORIAL

UN NUEVO CURSO. LITERATURA EN LOS MÁRGENES DE LA LITERATURA.EN MEMORIA DE ANTONIO JOSÉ MATEO

yunques, sonad; enmudeced, campanas.
Antonio Machado

Iniciamos un nuevo curso con el número 21 de la revista (Boletín digital 6). En este mes de noviembre de 2010 han transcurrido apenas dos meses de la muerte de nuestro colaborador y amigo Antonio José Mateo Saura.

Su primer libro de poemas, y único, **El temor del auriga**, llegó por fortuna a tenerlo en sus manos, publicado, Antonio José. La labor de su hermano Miguel Ángel (y de la editorial *Tabvlarivm)* lo hizo posible, en los meses previos al fatal desenlace de la enfermedad de nuestro compañero. Cuando salió el libro, que Antonio José fue escribiendo a tragos con la muerte, con la que luchaba, quisimos creer que la realidad de su proyectada publicación vencería sobre la sombra del temor; porque un poeta grande había nacido con él, un poeta que tenía muchas cosas que decir aún. Antes del verano hablamos de presentarlo por estas fechas de otoño, en que ahora escribo. El libro debía, antes, ser enviado a la crítica, a la prensa, todo eso... Antonio estaba animado, allá por el mes de junio. Luego, el temor se cumplió, irremediablemente.

La pérdida humana de Antonio José no se podrá llenar de ningún modo. Mi reflexión va ahora hacia su libro. No me dolería tanto su olvido si no estimase, en la poesía de Antonio José Mateo, cualidades -de hondura metafísica, de ritmo y sencillez de la palabra, de visión del otro lado de las cosas- que hacen de *El temor del auriga* una gran obra.

Que pase desapercibido para el lector, para los pocos lectores de poesía, sería no ya un hecho triste, sino normal; pues la literatura, hoy, que se escribe y publica se encuentra arrinconada en los márgenes de la literatura. Basta acercarse, en cualquier ciudad, a una librería, sea o no de una gran superficie comercial: enormes setas como libros, los llamados “best-seller” ocupan toda la visibilidad. ¿Dónde está aquí la literatura?, entran ganas de preguntar. Yo mismo he hecho la prueba de Diógenes: he preguntado en una importante librería de, nada menos, Florencia, por una edición de la Divina Comedia del Dante. El librero, eso sí, se sintió avergonzado, tras su busca infructuosa.

Como si hablase contigo Antonio, dime, qué esperabas: ¿que un libro verdadero de literatura, para más *inri*, de poesía, tuviese visibilidad? No, amigo. Para eso están los libros-gorros de dormir, las grandes editoriales con sus campañas de *marketing*, los *mass media* y toda la gama, rauda y ramplona, de voceros de los suplementos literarios de esos medios, y por si fuera poco, los colegas de sus colegas, que no sabrán de tu libro. Allí donde haya un poco de prestigio para endosarse, o una cantidad de dinero a ganar (y el mundo de la literatura hace tiempo que fue descubierto como negocio) llegaron primero los ávidos, sólo que, en la mayoría de los casos, vendiendo humo editado.

Iniciamos un nuevo curso de la revista *Ágora*, como dije y ahora te digo. Somos conscientes de jugar en los márgenes de la literatura, un libro como el tuyo nos da energía para seguir, junto con la colaboración de todos los que publican en la revista, que, independientemente del acierto mayor o menor, provisional o definitivo, de sus textos, quiere apostar por la literatura.

"Sería bueno meditar mucho, para expresar algo de lo así perdido,

de aquellas largas tardes de la infancia

que así nunca volvieron....¿y por qué?

Aún nos acordamos...quizás en una lluvia,

pero ya no sabemos lo que eso significa;

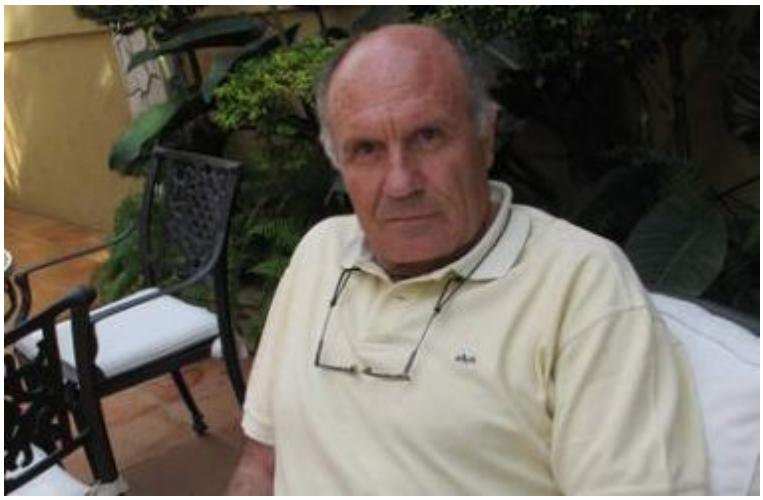
nunca más estuvo la vida tan llena

de encuentros, de volverse a ver, de seguir avanzando..."

Rilke, "Infancia"

TEXTOS MAGISTRALES

UN RELATO DE VENANCIO IGLESIAS: EL ÁRBOL DE DON DEOGRACIAS



EL ÁRBOL DE DON DEOGRACIAS

(DEL LIBRO *ESPERANDO A SUSANA*)

En voz muy baja pero llena de resonancias, -el Señor le había regalado una profunda voz tumbal- don Deogracias recitó un hermoso latinajo de su viejo breviario: *quia repleta est anima mea malis et vita mea inferno apropinquavit*. La conciencia del abismo, la melancólica flor que nace en el borde rocoso de la sima, se apoderó de su alma llena de esas aprensiones, que la edad va dejando como légamo infecto: el poso repulsivo de los años. Respiró profundamente –en los últimos días se fatigaba demasiado- subió el último peldaño y las puertas de vidrio -*tolite portas*- se abrieron para franquearle el paso. Estaba en la residencia del obispado donde los sacerdotes más ancianos esperaban el consuelo de una muerte dulce y los más jóvenes–nunca menos de 65 años- entraban dispuestos a rubricar una vida de sacrificio y ocultación.

- Don Deogracias, –la sonrisa del obispo era de una ironía despiadada- ha dado lo mejor de usted mismo a la madre Iglesia; sabemos, sin embargo, que tiene un corazón algo débil, así que creemos (el obispo usaba siempre el plural mayestático) que, aunque no ha cumplido la edad, es hora de un largo y merecido descanso... Y no vamos a aceptar ninguna negativa ni protesta por su parte. Se trata, como ve, de un regalo de nuestra madre... Nosotros creemos que merecido.

- Hijo de puta -pensó el cura- parece que quiere meterme en el cuerpo, la sugestión de la muerte. ¡Un largo descanso! ¡Alegría puñetera de deshacerse de mí! Eso. Sólo los hipócritas y los malvados alcanzan los puestos más altos de la jerarquía. ¡Cínico de los cojones! (Don Deogracias, para sus adentros no reprimía vocablos malsonantes en la publicidad).

- Para el próximo mes, -siguió el obispo mientras daba una calada de un fino cigarrillo, exhibiendo su sortijón de rojo rubí- puede venir a la Residencia y enviaremos a su parroquia uno de los cuatro jóvenes que se han ordenado este año. Hay que dar paso a la juventud, ¿no cree? –añadió riendo, intentado quitar dureza al momento. -La pensión es pequeña, ya sabe nuestros problemas financieros, pero los gastos serán mucho menores que en la parroquia: vaya lo uno por lo otro. (El crucifijo de oro, en su pecho, y el sortijón de autoridad tenían un relumbre canalla).

- No importa. Tengo mis ahorros y, entre mis feligreses, aprendí a tener pocas necesidades.

El obispo recordó la primera vez que dudó del buen sentido de Deogracias. En el seminario el profesor de teología pidió una definición de la fe y esperaba de todos, la canónica. La clase se quedó muda y el diácono Deogracias dio una definición hilarante: la fe es la manera más hermosa y heroica de la soledad. Todos rieron de buena gana. Sólo el profesor calló pensativo.

Aceptó su jubilación con humildad y con el dulce estoicismo de quien siente que lo apartan de lo que ha sido su vida durante cuarenta años. Escuchó a su prelado sin decir una sola palabra, aceptó su decisión, besó luego su anillo de jerarca –con el dinero de venta de este anillo hubiera vivido yo diez años - y se retiró. Cuando –pax tecum- cerró tras sí la puerta del despacho supo que el obispo sonreía perplejo: -Este Deogracias siempre ha estado un poco loco. Bendito sea Dios.

Sí. El último año, don Deogracias había dado alguna muestra de perder el tarrate y hubo quejas en el obispado porque, en un sermón dominical, había dicho, como de pasada: -Las mujeres de este pueblo son todas unas putas. Sé de muchas que han abandonado el lienzo y usan ropa interior de nailon. Alguna jovencita ha dicho incluso que la mejor ropa para la mejor carne. ¡Indecente!

Teniendo en cuenta que el sacramento de la confesión daba información de primera mano, el asunto se tornó espinoso, de modo que el obispo hubo de tranquilizar a una representación de parroquianos, con el diagnóstico más fácil y aceptable, que se resumía en el gesto de barrenar la sien con el dedo índice, prometiendo una pronta jubilación del cura que, durante muchos, muchos años, había atendido con diligencia y un ápice de humor las sencillas necesidades espirituales de sus fieles. Salvo esa salida de tono, el cura se limitaba a pequeñas admoniciones que no podían molestar a nadie, sino por la insistencia con que las hacía, recibiendo mudas y no siempre amables contestaciones, que los feligreses daban para su capote:

- Mañana empiezan las confesiones Trino...
- Cuente conmigo, don Deogracias. Voy a dar trabajo a tres curas y cinco pinches que los ayuden.
-Iluminado, me han dicho que blasfema usted en la mina...
-¡Qué mentira! Cagüen Crista puta. ¿Quién se lo dijo? Además, la blasfemia alivia. Si me cae una piedra ¿qué quiere que diga: gracias Dios mío? ¿Acaso no la dejó caer Él mismo? A tomar po'l culo.
- Colasín, hijo, me dice el maestro que tus padres os maltratan a ti y a tu hermana.
- *Opera enim illorum sequuntur illos*. (Colasín monaguilleaba con don Deogracias y conocía el latín eclesiástico al dedillo).

Como el cura ignoraba estos interiores, podríamos decir que, con mayor o menor fortuna, en el terreno pastoral, don Deogracias había sido feliz en Aulularios, la parroquia a la que le destinaron cuando se ordenó sacerdote. Y si no logró la salvación de sus feligreses,

mereció la propia por el celo que ponía en los sencillos menesteres pastorales: bautizar, confesar, asistir a los enfermos, enterrar a los fieles difuntos, rezar los oficios y hacer la poquita caridad que le permitía su escaso estipendio.

Don Deogracias recuerda que salió del obispado canturreando la canción asturiana y aún española por excelencia, con la que había amanecido. Había cogido el autobús de línea, había hecho el viaje y había entrado en el palacio, ronroneando una y otra vez la frase, *tengo que subir al árbol tengo que coger la flor*. Al salir de palacio, se colocó la teja, dio unos pasos y se la quitó arrojándola al aire. Y, riendo y cantando, para asombro de algunos viandantes, se dirigió a la entrada de la catedral. Hacía tiempo que, cada vez que venía a la ciudad, daba el mismo paseo por la nave lateral derecha, la girola y la nave lateral izquierda. Pero esta vez, le estremeció la tierna penumbra de la iglesia, la tamizada luz de las vidrieras, el olor de las rosas marchitas y del incienso quemado en alguna celebración reciente. Por eso, entró en la nave central, se sentó en un banco delante de de bien labrada madera y se dio cuenta de que no sabía rezar. No podía más que repetir como si se tratara de un salmo absurdo los dos versos de la canción. Quiso recitar algún texto de su breviario que conocía de memoria pero no recordaba ninguno. El cerebro se le embotó y sintió, en su pecho, que el corazón aceleraba su ritmo y que un fuerte dolor bajaba por su brazo izquierdo. Turbado, preguntó cambiando las palabras de Samuel cuando Yavé lo llamó en plena noche: Señor, ¿qué coño quieres ahora? ¿Es llegado el momento?

Y aquí sucedió algo muy raro porque el narrador de esta historia, asegura que se oyó una voz melodiosa y persuasiva que decía: no alcanzarás ningún atisbo de la gloria si no subes de una vez y cortas la flor. Pero el narrador no está seguro de que don Deogracias oyera la voz del Señor de cielos y tierra, -bendito sea su nombre por los siglos de los siglos- porque puede que aquella voz fuera del maligno que sobrevoló la cabeza del cura y desapareció bajo uno de los asientos del coro, dejando en el aire dormido de la iglesia, el acre olor del azufre. Estaba sudando y abrió los ojos y encontró sentada a su lado, una adolescente de gran belleza que volvió, hacia él, lo suyos tristes y sonrió de esa forma maternal de algunas jovencitas, que parecen madurar el alma en la preciosa visión de un almo destino.

- ¿Se encuentra bien, padre?

Don Deogracias asintió mudo y creyó ver en la muchacha el ángel pintado junto al lecho de muerte de la Virgen, en uno de los casetones del retablo.
Ella le tomó el pulso: - Estudio enfermería, ¿sabe? Lo tiene muy alterado. Debería visitar a un médico. El cura abrió la boca para musitar un “gracias” que salió de su garganta como un ruido indescifrable. La muchacha, por su parte, hizo una genuflexión y se alejó por la nave izquierda. Se detuvo ante un medieval sarcófago de piedra agujereado y luego desapareció entre las sombras, se diría que tragada por el túmulo.

La Residencia tenía una parte de residencia de curas y otra parte de hospital público. Don Deogracias se instaló en una habitación que había quedado libre y que perteneció al cura más anciano recientemente fallecido. Dejó su maleta junto al armario de madera barnizada y sobada, y se sentó en la cama. Se levantó, se dirigió al espejo y se miró. El tiempo y la pobreza obligada de su ministerio habían dejado surcos en su piel esturada por el sol y el aire de la montaña. En la comisura de sus labios se convertían en rictus de desencanto bienhumorado, su negación sacerdotal, su celibato y su fidelidad al santo ministerio. Volvió pues a sentarse en la cama y se quedó largo tiempo mirando a la pared con la vista perdida en el papel pintado, despegado y lleno de polvo en el límite del techo. Los cristales de las ventanas, desde las que se veían los arbotantes de la catedral, estaban sucios y, bajo la cama, descansaba el tiempo en forma de un viejo vaso de necesarias –cerámica llena de sarro hediondo- un gastado cepillo de dientes y grandes bolas de pelusa cana. En una esquina, se había llenado de polvo el triángulo de una vieja telaraña. En torno a la llave del armario, el barniz desgastado dejaba asomar la blanca madera de chopo; el inquilino anterior no debía de ser muy cuidadoso y la habitación debió de quedar mucho tiempo cerrada, porque tenía el olor del aire viejo y descompuesto, de chinches aplastadas y zotal. En recepción le comunicaron que, hasta la una, no pasaría la limpiadora así que, don Deogracias se levantó del duro colchón de borra en que se había sentado y -fuera la puta faldamenta- se quitó su vieja, su astrosa sotana, sobada, la arrojó al fondo del armario y se puso una camisa gris con la tirilla blanca en el cuello, mientras volvió a canturrear los versos de la canción: *tengo que subir al árbol, tengo que coger la flor.*

Ya iba a salir al pasillo, cuando se detuvo. Se quitó los zapatos, se quitó los calcetines, los olió con gesto de repugnancia, los anudó y los metió bajo la cama. Abrió la maleta sacó unos nuevos y se los puso; ató los cordones de sus enormes zapatos (los niños de su parroquia le llamaban Zapatíbulo por sus zapatos y su rostro patibulario) y, hombre nuevo, salió al pasillo, bajó la gran escalera y se fue por la puerta principal a dar un paseo por la ciudad. Se llegó hasta una plaza que se dilata en un hermoso jardín arbolado y se sentó en un banco público, con la vista perdida en las neblinas de la nueva vida. Un poco más allá, en otro banco, un grupo de muchachos desastrados, llenos de greñas y tatuajes, bebían vino de una botella oculta en un paquete de papel y vociferaban obscenidades.

La sombra de los tilos vacilante daba al lugar un aire inestable. El cura quiso leer un rato los salmos pero se dio cuenta de que, por primera vez, había salido sin su breviario. Levantó los ojos a los árboles y volvió a canturrear en su interior los versos de la canción. Cuando los bajó al suelo, descubrió que a su lado se había sentado una joven. El cura le miró a los ojos, creyó reconocerla y sonrió nervioso. La muchacha le devolvió la sonrisa y depositó a su lado unos cuadernos de espiral que le hicieron suponer que se trataba de una

estudiante. El cuello largo, los labios grosezuelos, la nariz recta, tenía la niña piel de marfil y manos de cirio. Un rato se quedó pensativa. Sus ojos azules parecían ciegos. Don Deogracias, lleno de emoción observó cómo una lágrima, *una furtiva lágrima*, le resbalaba por la mejilla y cómo se la limpiaba con la yema de los dedos. ¡Pena de amor sin duda! El cura, con el rabillo del ojo, creyó reconocer a la jovencita que, hacía un mes, encontró a su lado en el banco de la catedral, caída del retablo del altar mayor. Tal vez fuera una casualidad, tal vez la penumbra de la iglesia le impidió verla con claridad, pero juraría que era ella.

Sin volver los ojos a la muchacha, don Deogracias reflexionó en voz alta:

- La tristeza es argucia del enemigo malo. Eres joven y muy hermosa: no deberías estar triste. En tu alma deberías hacer un nido al Dios de la alegría.

La muchacha rompió a llorar con tal congoja, que don Deogracias se llenó de ternura. Jamás había sentido aquella tan extraña emoción justo en su garganta; jamás había latido su corazón con aquella intensidad. Por un momento incluso, sintió deseos de abrazar a aquella niña, o tal vez llorar con ella, nomás por acompañarla en su dolor. Se contuvo sin embargo, y miró a la altura y vio que el árbol era un tilo y que el tilo estaba amarillo de flor y por primera vez aspiró aquella fragancia: - Se trata de un tilo en flor,- constató- pero nunca aspiré un perfume capaz de penetrarme las entrañas de manera tan embriagadora. Entonces, la muchacha hizo algo muy extraño. Se levantó, cogió sus cuadernos, se acercó al cura, se inclinó, tomó su mano y besó el dorso como se hacía antiguamente, de modo que el sacerdote sintió el calor húmedo de las lágrimas de la muchacha y el frío tacto de los labios, y vio fugaz y castamente sus senos firmes y morenos a través del breve escote del vestido. Hubiera querido articular algo, pero la joven le dio la espalda y se alejó despacio hacia la calle próxima, perdiéndose entre el fragor de los automóviles y la gente de las aceras atareada.

Un dolor súbito le atravesó el pecho y el cura rezó con pasión: - Ya me dirás que es lo que quieres que haga, porque no me negarás que es otra señal tuya. Y se asustó porque estuvo a punto de experimentar un orgasmo, unido a un dolor fortísimo en el pecho.

La cena en el pequeño comedor comunitario fue muy rápida. Don Deogracias, no podía apartar de su pensamiento la pureza rosada de aquellos pechos adolescentes y se sorprendió acariciando distraídamente la finísima piel redonda de una manzana. Del comedor se retiró a su habitación, se tumbó en la cama, encendió un cigarrillo y en las volutas de humo vio dibujados los pechos de la estudiante. Agitado por el vendaval de una emoción incontenible, abrió la Biblia decidido a apartar su pensamiento de la niña del jardín

–si te asalta una obsesión pecaminosa, coge el libro santo y lee-. Abrió, pues, el libro al azar y leyó: *Mientras reposa el rey en su lecho, exhalan los tilos su aroma. Es mi amado para mí, bolsita de mirra que descansa entre mis pechos.* ¿Era error de imprenta? En el libro del Cantar de los Cantares de Salomón, dice *"exhala mi nardo su aroma"* pero en aquella Biblia podía leer que el aroma lo exhalaban los tilos. Y entonces, cerró el libro violentamente -¡carajo!- al par que experimentó una fortísima erección, como cuando en el seminario, contemplaba las floridas acacias del patio por la estrecha ventana de su celda. Su corazón, como en el jardín de los tilos en flor, latía con una fuerza tremenda y don Deogracias escuchó sus latidos como martillazos en la tapa de un ataúd. A sus labios, entrecortada y dulce, volvió la canción, volvieron los versos de amor más hermosos y sencillos: -*Tengo que subir al árbol, tengo que coger la flor*. Entonces renació la tranquilidad en su alma y sintió, en sus manos consagradas, el frescor húmedo de los labios de la muchacha. Rezó su oración de la noche: *Oh, Dios mío, hágase en mí tu santísima voluntad. Acepto la muerte uniéndome a Jesucristo expirando por mí en el árbol de la cruz.* Cuando llegó a estas palabras de la oración, le subió a la garganta la burbuja glu, glu, del desasosiego: ¡El árbol! Se remetió la manta bajo el colchón y, cuando el dolor fue desapareciendo, se durmió apaciblemente con una decisión alocada: emplazar al destino. Al día siguiente se sentaría en el mismo banco, bajo el mismo tilo y, si la muchacha aparecía de nuevo, le confesaría su amor.

Por la mañana dijo misa en una de las capillas de la catedral. No tenía ni monaguillo ni feligreses. Sólo una lámpara minúscula iluminaba los corporales y el cáliz. De vez en cuando la imagen de la muchacha aparecía junto al cáliz y don Deogracias se quedaba embelesado. En lugar del gradual del día, repitió obsesivamente las palabras latinas del oficio de nona: *Como el cinamomo y el bálsamo aromático di olor en las plazas, y como la mirra selecta entregué la suavidad del perfume.* Cuando comulgó el pan y la patena quedó sobre los corporales, vio en ella reflejado el rostro bellísimo de la muchacha, sintió, en su mano, el frío contacto de los labios y supo que el olor de los tilos tenía su origen en el alma de aquella misteriosa niña.

Se hundió durante una hora en la sombra tortuosa del confesionario. Apoyó un codo en la ménsula bajo la rejilla donde, al amparo del relativo anonimato algunas almas atribuladas se acercan a confesar sus miserias. Después de unos cuantos consejos rutinarios don Deogracias absolvía a los penitentes, sin imponer penitencia alguna convencido de que el pecado mismo era su propia penitencia. El pensamiento del buen cura estaba lejos, prendido en unos ojos, en una mirada que parecía venir de más allá, de un cielo o un paraíso perdido. No tenían nombre aquellos ojos pero sabía que fueron los primeros que vio cuando abrió los suyos al nacer, estuvieron presentes en los acontecimientos más importantes de su vida y seguramente aparecerían cuando cerrara los suyos definitivamente. Un hombre se acercó. Don Deogracias se inquietó porque el hombre no dijo la jaculatoria ritual, sino que permaneció en silencio. Don Deogracias se inquietó más cuando creyó oír un gemido:

- ¿Te ocurre algo hijo?

El hombre no respondió.

- ¿Hijo, te encuentras mal?
- Sí. He perdido mi vida.
- Todo es humo, hijo. Hubiera podido ser de otra manera pero la vida que elegiste es tan buena y tan mala como cualquier otra.
- He ayudado a la usura más desalmada.
- ¿Trabajabas en un banco?
- Sí.
- La crueldad con que te ha tratado durante tanto tiempo hace que tu pecado sea menor. Has devuelto el capital. El Señor perdona los intereses.
- ¡Gracias padre! Hay otra cosa. Ayer he descubierto el amor…
- ¿Qué edad tienes, hijo?
- Cincuenta y cuatro.
-Yo tengo más edad y también lo he descubierto ayer. Tranquilo pues, hijo. El amor lo perdona todo. El amor nos devuelve todo lo que creíamos perdido para siempre: la mitad de nosotros mismos. Un instante de amor recupera todo el tiempo perdido sin él. Aprovecha. Ponte en sus manos sagradas. Voy a darte la absolución: no necesitas hacer penitencia, porque el amor todo lo limpia.

Cuando el penitente se alejó silenciosamente hacia la puerta de la iglesia, don Deogracias se sumió de nuevo en la imagen de aquella muchacha, cuyos ojos indescifrables habían puesto un poquito de sentido en su vida baldía.

Al lado de la torre sur, daba tierna sombra un arbolito rojo, lleno de flor en primavera. Don Deogracias se quedó mirándolo con una emoción contenida. De entre la verja que rodea la catedral salió un perrillo trotando, se llegó al árbol, levantó una patita y orinó en el tronco, con un ojo fijo en los de don Deogracias. Este, que canturreaba los versos, interrumpió el canto. -¡Chito! - Palmeó el cura- ¡Mecagüen tu leche! –y el perrillo salió corriendo; pero unos metros más allá se detuvo, se sentó sobre sus cuartos traseros y volvió a mirar con desfachatez al cura, que ya se iba a sentar en uno de los bancos de la plaza, para admirar a su sabor las finas, las delgadas torres doradas de la catedral.

Allí se quedó adormecido un rato y, héroe de la fe, se sintió llevado por el diablo hasta la cima de una torre. Las tejas del barrio antiguo y del palacio obispal, aún blancas de escarcha, brillaban con fulgor de plata y el cura sintió en su oído los fríos labios de la muchacha que le decían: -Todo esto te daré si postrado a mis pies me adorares. A punto estaba el cura de decir: -Para adorarte no necesitas darme nada; déjame caer a tus pies y perdona los míos grandes-, cuando se cayó de la torre del sueño y se encontró en el duro

banco de la plaza, donde un anciano jubilado lo miraba con curiosidad. -¡Qué coños mirará este tío!-. En el reloj de la torre eran las doce, así que recordó su propósito nocturno y se fue pasito por la calle Ancha, que él seguía llamando del Generalísimo, cruzó la plaza del Ayuntamiento y bajó por la calle Independencia hasta el parque perfumado del día anterior. Buscó el banco con inquietud, pero allí había un muchacho desastrado haciendo fiestas a un perrillo de aguas y haciéndole los honores a un bote de cerveza. Al lado tenía un platillo de peltre con el que de vez en cuando se levantaba para pedir limosna a los viandantes con un gesto cínico de dudoso humor: -¡Una ayudita para la cerveza, por favor! Ja, ja, ja. ¡Una ayudita para el cabrón del perro!…

El cura se sentó en el otro extremo, estiró sus piernas y, con el codo apoyado en el brazo del banco y una mano en la mejilla, como un intelectual de las guardas de un libro, miró con delicia la luz que entraba entre las ramas doradas de los tilos, escuchando, deleitosamente traspuesto, el laborioso, el sosegado bisbiseo de las abejas. El muchacho abandonó el lugar y don Deogracias sintió un desfallecimiento, entrando de nuevo en una especie de sopor en el que se borran las fronteras entre el mundo interior y el exterior. Se vio subido en la copa del tilo y entre las flores vio venir a la chiquilla con sus cuadernos y su atuendo de colegiala y exclamó*: Esta es mi paloma, mi perfecta, mi inmaculada*. Y vio que su propio cuerpo sentado en el banco se estremecía como cuando, niño, se sentía arrebatado por el espíritu. Allí estaba al borde de Dios, en el sencillo banco del jardín, bajo el intenso aroma del tilo. En rápido vuelo, volvió a su cuerpo y abrió sus ojos y, ante él, encontró el rostro sonriente de la muchacha. *En nuestra tierra aparecieron las flores y se escucha el arrullo de la tórtola.* Don Deogracias no pudo contener su emoción y con voz entrecortada exclamó: –Te quiero. Tú eres mi árbol y la sombra protectora de mi árbol; tus labios son dos rosas que había en el atrio de mi iglesia. Toda la vida esperé tu presencia y te encuentro justo en el borde, cuando el abismo sin nombre se abre a mis pies.

La muchacha tomó su mano: -¿Se encuentra bien?- y con un pañuelo le enjugó el sudor de la frente. Acuéstese en el banco, yo le ayudo.

El sacerdote se dejó caer y apoyó su cabeza en el regazo de la muchacha. Cerquita vio la obsesión de sus senos cuando ella se inclinó para coger la muñeca y tomarle el pulso –A ver, respire, despacio-. Cerró los ojos el cura, pero los abrió cuando la palma de la mano de la chica golpeó suavemente su mejilla –Despierte. Respire–. Alcanzó la cima de la delicia, cuando los labios de la muchacha, como el borde de un dulce-trágico y oloroso cáliz, se posaron sobre los suyos. Respiró su aliento varias veces y, en aquel extraño beso, conoció el amor y supo, también, que la vida se le escapaba a grandes trancos. Del tilo cayó una ramita de flor junto del banco: -¿Eras tú?- La muchacha asintió. Sus claros ojos se habían vuelto fríos, opacos, inexpresivos.

- Una pregunta me ha torturado siempre. ¿Hay luz más allá de ti o seguiré hermosa y heroicamente solo?

- No lo sé. Soy yo quien abre todas las preguntas, pero no tengo respuestas.

Se hizo oscuro y cesó todo durante un rato de incierta duración. Cuando el cura abrió los ojos, vio los destellos de una ambulancia y escuchó que dos jóvenes a su lado comentaban en voz muy baja.

–...Una estudiante de enfermería le hizo el boca a boca sin resultado.

– Ojalá me lo hiciera a mí... el boca a boca, digo. Era preciosa. Al menos este cura se lleva un recuerdo precioso.

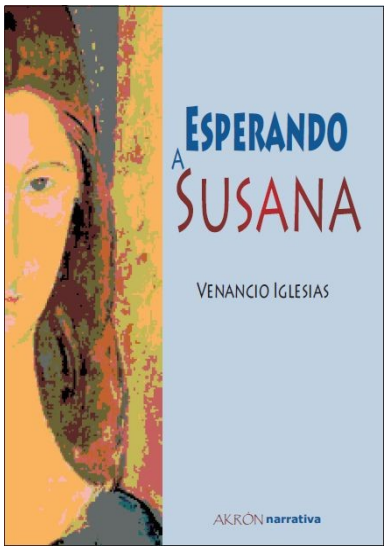
– ¡Tarda la policía! Y el obispo ¿lo sabrá? ¡La cantidad de flor de tilo que ha caído sobre el cadáver!

- Mira Falo. Se le han abierto los ojos. Ciérraselos y échale una manta por encima. Algunos muertos se resisten a mirar para adentro.

En ese momento, pasó Modesto Cienfuegos, un pintor de ojos serenos y perenne sonrisa de bondad; un pintor que cree sinceramente que la vida es un regalo de la luz y de los pájaros. Miró el cadáver, miró a los dos jóvenes se señaló el pecho preguntando por la causa de la muerte y los jóvenes asintieron aunque con gesto de duda. Y él, que venía de visitar a su cardiólogo, dijo para su capote:

– La flor embellece la muerte y la hace definitiva. Este cura es un buen modelo para un Cristo yacente que no se ha pintado todavía. Después, se alejó por entre los árboles del jardín, mirando al cielo, aspirando el perfume transparente de los tilos y canturreando unos versos, que le habían obsesionado toda la mañana: -*Tengo de subir al árbol,/ tengo de coyer la flor/ y dá-yla a la mío morena/ que la ponga en el balcón.*

Venancio Iglesias (Olleros, León) es autor del libro de relatos *Esperando a Susana*, publicado por la editorial Akrom. es.



UN POEMA DE JOSÉ ÁNGEL CILLERUELO

José Ángel Cilleruelo (Barcelona, 1960) es novelista, poeta y crítico literario. En su novelística destacan *El visir de Abisinia, Doménica* **y** *Al Oeste de Varsovia.* ***Es autor, además, de libros de relatos como*** *De los tranvías, Ciudades y mentiras,* ***y*** *Cielo y sombras.*

En poesía ha publicado, entre otros libros, El don impuro,Salobre, Maleza, Formas débiles y Frágiles. **Con el título de uno de sus libros,** Maleza, **recogió en 2010 su obra escrita desde 1990.**

Ha recibido el premio Ciudad de Córboba-Ricardo Molina, el Hermanos Argensola, en poesía; y el premio Málaga de novela (2008) por Al oeste de Varsovia.

LES NYMPHÉAS

Cuando la oscuridad emerge
desde el reverso del estanque,
enloda despacio las aguas
y sus añiles cercan
la luz que aún palpita en los nenúfares,
los ojos ceden. Los brazos, las manos,
las piernas.
Ceden los cabellos blancos,
invisible caligrafía
sobre las hojas que quedaron
por escribir en el cuaderno.
Los símbolos reconocidos
se hunden al atardecer
en la tumbona que junto a la mía
hay sin nadie.
Me asusta el súbito
escalofrío y abro bien los ojos.
Si me levanto en busca de un jersey,
algo me retendrá dentro —no sé,
la cena, las tareas— al tiempo que anochece.

JOSÉ ÁNGEL CILLERUELO

"BEATRIZ ORIETA", DE RAQUEL LANSEROS

Recientemente, Raquel Lanseros recitó en la sala del Ayuntamiento de Oria (Almería).

Publicamos uno de los poemas que leyó en ese acto, de su libro **Los ojos de la niebla**.

Raquel Lanseros (Jerez de la Frontera, 1973). Licenciada en Filología Inglesa y traductora. Ganadora del XIII Premio Internacional de Poesía Antonio Machado por *Croniria* (Hiperión, 2009), Premio Unicaja de Poesía por *Los ojos de la niebla* (Visor, Madrid, 2008) y de un Accésit del Premio Adonáis por *Diario de un destello* (Rialp, Madrid, 2006). Ha publicado también *Leyendas del promontorio* (Ayto. Villanueva de la Cañada, Madrid, 2005) y *La acacia roja* (Tres Fronteras, Murcia, 2008). Ha sido incluida en las antologías *Tributo a Serrat* (Ramalama Music, Madrid, 2007), *Diez nuevas voces de la poesía leonesa* (Edilesa-Diario de León, León 2007), *Premios del tren* 2007 (FFE, Madrid, 2007), *Poemas en el Canal* (Tres Fronteras, Murcia, 2008) y *Antología del beso* (Mitad Doble, Málaga, 2009). Miembro de la redacción de las revistas literarias *Ágora* y *The Children's Book of American Birds*, colabora con poemas y reseñas críticas en numerosas revistas y publicaciones periódicas.

BEATRIZ ORIETA
Maestra nacional
(1919-1945)

Los niños corren y saltan a la comba.
Beatriz Orieta pasea junto a Dante
sorteando los pupitres
[en medio del camino de la vida...]
Tiene litros de frío mojándole la espalda.
Apenas pueden nada contra él
los míseros tizones del brasero oxidado.

Entran al aula los gritos infantiles,
huelen a tos y a hambre.
Algunas veces,
Beatriz Orieta casi no contiene
las ganas de llorar
y mira las caritas sucias afanándose
en recordar las tildes de las palabras llanas.

Prosigue Dante todo el día musitando
en el oído de Beatriz Orieta
[...amor que mueve el sol y las estrellas].

Ella siente de veras
que otro mundo es posible
al lado de este mundo gris y parco.

Contra el lejano sol
del lejano crepúsculo
dos amantes se miran a los ojos.
Beatriz Orieta está
apoyada en su hombro.
Los álamos susurran las palabras de Dante.
Los amantes son túneles de luz
a través de la niebla.
Los besos puros son las amapolas
de un cuadro de Van Gogh.

Pasa el invierno lento como pasa un poema.

Pasan el frío andrajoso, la fiebre y el esputo
y toman posesión del blanco cuerpo
igual que las hormigas invadiendo
esas migas de pan abandonadas.

Sesenta años después, entre las ruinas verdes
leo un descanse en paz envejecido
sobre la tumba de Beatriz Orieta.

El silencio es de mármol.
El silencio
es la respuesta de todas las preguntas.

Unos metros más lejos, hace sólo dos años
yace también el hombre
que, apoyado en el hombro de Beatriz Orieta,
dibujó un corazón sobre un tiempo de hiel.

¿Qué más puedo decir?
Que la vida separa a los amantes
ya lo dijo Prévert.
Pero a veces la muerte
vuelve a acercar los labios
de los que un día se amaron.

(De *Los ojos de la niebla*, Ed. Visor, Madrid, 2008)

POEMAS DE KATY PARRA

Katy Parra Carrillo (Murcia, 1964).Cofundadora de los Grupos Literarios *Espartaria* y *Jitanjáfora*. Coordinadora de talleres de poesía en diferentes centros de la Región de Murcia. Colaboradora en prensa, radio y en varias antologías de ámbito regional y nacional.

Ha publicado los libros: **Acordes en Soledad**, Murcia. 1997; **Síntomas de Olvido**, Madrid. 2000; **Espejos para huir hacia otra orill**a, Toledo. 2004; **Coma Idílico,** Ed. Hiperión; **Por si los pájaros** Ed. Visor. Obtuvo el Premio Internacional de Poesía Miguel Hernández. Comunidad Valenciana en 2008.

INTEMPERIE

Lentamente tus labios
se me han hecho ceniza.
La noche, fatigada,
dormita en nuestra alcoba,
poblando de ruina nuestros sueños.

Mañana no sabré si es este otoño
    -invertebrado y gris-
o tú,
quien ha dejado
la casa tan vacía.

CENTINELAS

Las campanas se rigen
por el hondo silencio de la tarde.

El mar ya lo sabía.

En los ojos azules de las sombras
      agoniza la luz
igual que un espejismo.

INVENTARIO DEL FRÍO

Somos pasto fugaz de los inviernos,
sueños incinerados u homicidas
del íntimo rigor de las hogueras.
Palabras inservibles,
que, a fuerza de costumbre,
interpretan la muerte como algo natural.

Después de tantos años…
¿Cómo reconocernos, entre miles de estrellas apagadas?

TEMPLOS DE AGUA

Entre la soledad y los semáforos,
el cielo más brutal
despedaza impasible los recuerdos.
Esta ciudad sin ti
parece un espejismo,
una extensa agonía
de lo que alguna vez denominamos
amor a duras penas.
Ya no importan los nombres
que le pudimos dar a aquellas cosas,
o si de cualquier modo
fueron nuestras ayer.
El tiempo de los besos
se torna irreversible
y escupe entre las sábanas
la terrible verdad de lo que fuimos.

PER-VERSIONES

Poemas de Cancioni italici/ Canciones itálicas de Mircea Opriță

Presentación y traducción de Marian Raméntol

Mircea Opriță nació el 25 de octubre de 1943 en Timişoara, Rumania. Licenciado de la Facultad de Letras de Cluj-Napoca (1966). Doctor en Filología (1999). Ha trabajado como profesor, funcionario cultural, y como redactor en la Editorial Dacia de Cluj, (1972 -1994). Presidente de la asociación Sindical de los Escritores de Cluj, (1994 -1996). Director del Centro Cultural Rumano en la capital de Hungría, (1996 -1998), convertido más tarde en el Instituto Cultural Rumano de Budapest, dónde ejerció como director durante el período 2002-2006, con el grado diplomático de Consejero, fue Ministro Consejero en el Ministerio de Asuntos Exteriores de Bucarest. Miembro de la unión de los Escritores de Rumania.

Ha publicado los libros: *Întâlnire cu meduza* (Encuentro con la Medusa), cuentos, 1966; *Argonautica*, novela, 1970, (versión ampliada1980); *Jocul cu víboras*, (El juego con las víboras), poesías, 1972; *Nopțile memoriei* (Las noches de la memoria), cuentos y relatos, 1973; *Adevărul despre himere* (La verdad sobre las Quimeras), cuentos y relatos, 1976 ;*Pasărea de lut* (EL pájaro de cerámica), romance, 1976; *Figurine de ceară* (Figurillas de cera), selección de cuentos y relatos, 1978; *Semnul licornului*, (La señal del unicornio), cuentos y relatos, 1980; *Cina cea mai lungă*, (Una cena larguísima), novela, 1983 H. G. Wells: utopia modernă (H. G. Wells: la utopía moderna), ensayo crítico, 1983; *Anticipația românească*, (Ciencia-ficción rumana), historia literaria, 1994, segunda edición, ampliada,2003; *Discursul utopic*, (El discurso utópico), ensayo crítico, 2000; *Figurine de ceară*. Integrala povestirilor SF, (Figurillas de cera. Todos los cuentos de ciencia-ficción), 2004; Mic tratat de concordie națională sau *Cartea tranziției* (Pequeño tratado de concordia nacional o bien El Libro de la Transición), cuentos breves y pretextos, 2005; *Discoteca din Alexandria sau Cartea ştiințelor* (La Discoteca de Alejandría o bien El libro de las Ciencias) cuentos breves y pretextos 2007 *Istoria anticipației româneşti* (Historia de la ciencia-ficción rumana) 2007, *Cronici de familie. SF-ul românesc după anul* 2000, (Crónicas de familia. La ciencia-ficción rumana después del año2000), 2008.

También ha traducido a autores y ensayistas tales como H. P. Lovecraft, Du Sido, H. G. Wells, John Brunner, Donald Keene. Ha elaborado antologías de ciencia-ficción rumana editadas en húngaro y aAlemania, Italia, Grecia y Polonia.lemán. Su obra ha sido traducida y publicada en antologías y revistas de Francia, Bélgica, Hungría, Alemania, Italia, Grecia y Polonia.

Ha recibido distinciones literarias en su país, entre ellas, un premio de la unión de los Escritores Rumanos, tres premios de la asociación Cluj de Escritores, el Premio "Titu Maiorescu" de la academia Rumana, por Discursul utopic (El Discurso utópico). En el extranjero: el Premio internacional de poesía de PEN-club (Londres)1965, el Premio especial del jurado al EUROCON III (Poznan) Polonia,1976, y el Premio “Las alas de oro de Ciencia-Ficción", Poznan, Polonia,1980).

EL poemario que aquí se extracta se titula **CANZONI ITALICI/** CANCIONES ITÁLICAS y ha sido escrito por el autor en lengua italiana. La traducción corre a cargo de Marian Raméntol.

NOTA SOBRE LA TRADUCTORA: **Marian Raméntol** (Barcelona, 1966). Poeta, traductora y directora de la revista cultural La Náusea. Miembro del grupo musical O.D.I. Miembro del colectivo artístico Grup Tremó.Ha traducido a poetas contemporáneos italianos al catalán y al castellano y ha colaborado en diversos portales específicos como Porta d’Italia, biblioteca Eldigoras-EOM. Ha publicado seis poemarios y ha sido incluida en seis antologías. Ha sido premiada en diversos concursos nacionales e internacionales, y su obra ha sido ampliamente difundida en revistas especializadas donde ha publicado poesía, ensayo, y artículos de opinión. Ha sido traducida al inglés, italiano, rumano y estonio, y ha prologado varios libros de poesía.

CARTOLINE SARDE

Paese dei leandri,
fai glissare sul mare
ondate di fragranze che ci rende pazzi.
E tu, povero navigante,
invano turri di cera i tuoi orecchi,
i messaggi dell’adescamento si emettono
sui canali più sottili di quanto ti aspettavi.
L’anima si crede ancora in piena libertà,
ma è già captiva in tante
piccole corole profumate.
Solo la pietra, solo questa roccia grigia
dell’isola Tavolara può resistere alla chiamata:
essa è lì da sempre, scudo e guardia
per tutte le promesse
che irrompono sotto il cielo sereno.

*
* *

Non piove da mesi e mesi,
pure le erbe resistono, modello di sopravvivenza.
Non piove, ma le palme fioriscono in grappoli pesanti,
le agave stringono con le loro mostruose braccia di polpo
un pezzetto di ombra,
fichi e albicocche giacono per terra, dimenticati
persino dagli uccelli.
Tutto sembra sia smisurato, sia nano:
anche gli uomini sono presi in questo dilemma,
però sopravvivono.

*
* *

Il vecchio Giovanni, padrone di una bougainvillaea
e di un albicocco cresciuto da pietra secca
davanti a sua casa, vede il mare ogni mattino
giù, a sei chilometri, sotto un tappeto di erbe gialle
e qualche bosco di pinastri:
penellata verdastra,
colonia di muschio
sulla crosta della terra lontana.

Lui è un bravo atleta
che fa concorrenza al secolo,
se Dio vuole, forse riesce a superarlo.
Quando si aprono le acque
e il sole si alza lentamente nell'aria,
il vecchio Giovanni le accoglie come
un buon amico della sua giovinezza.
Non le saluta con effusione, ma guarda attento
questo miracolo spuntato fra Molara
e Tavolara: un picchetto nella sua stretta
corsa col tempo.

Durante la giornata il vecchio Giovanni
attende ai fatti suoi, compra pane, fa una preghiera
nella piccola chiesa del centro paese,
sale il basso muro di cinta per piegare un ramo
di albicocco verso una turista vogliosa,
ammira la bougainvillaea, i suoi fiori sensibili
di color viola, e talvolta osserva il sole
nella sua discesa verso il tramonto.
Il suo pensiero è già allo spuntar di domani.

Solo alla sera, sotto la pergola,
il vecchio Giovanni mette sulla tavola
non solo qualche bicchierino di mirto per alcuni
ospiti casuali, ma anche i suoi riccordi
di una Sardegna una volta più povera,
ma anche piena di vita, di sapori
e di gesti autentici.

*
* *

***S**u Debbieddu, oppure la magia culinaria,*
dove formaggi e carne si preparono con miele brillante
come per portare alla stessa tavola
il Purgatorio e il Paradiso.

Nei suoi viaggi sperduti sul mare,
Ulisse è stato forse anche lui
prigioniero di queste stupende ricette
che l'antica Sardegna
ne conserva fin'oggi.

POSTALES SARDAS

País de las adelfas,
haces esquivar sobre el mar
oleadas de fragancias que nos vuelven locos.
Y tú, pobre navegante,
en vano colmas de cera tus orejas,
los mensajes de la seducción se emiten
sobre los canales más sutiles de cuantos esperabas.
El alma todavía se cree en plena libertad,
pero ya es cautiva de tantas
pequeñas corolas perfumadas.
Sólo la piedra, sólo esta roca gris
de la isla Tavolara puede resistir a la llamada:
ella está allí desde siempre, escudo y defensa
para todas las promesas
que irrumpen bajo el cielo sereno.

*
* *

No llueve desde hace meses y meses,
incluso las hierbas resisten, modelo de supervivencia.
No llueve, pero las palmas florecen en racimos pesados,
el agave aprieta con sus monstruosos brazos de pulpo
un pedacito de sombra,
higos y albaricoques yacen en la tierra, olvidados
hasta por los pájaros.
Todo parece ser desmedido, enano:
también los hombres están inmersos en este dilema,
pero sobreviven.

*
* *

El viejo Giovanni, dueño de una buganvilia
y un albaricoquero crecido de la piedra seca
delante de su casa, ve el mar cada mañana,
abajo, a seis kilómetros, bajo una alfombra de hierbas amarillas
y algún bosque de pinos:
pincelada verdusca,
colonia de musgo
sobre la costra de la tierra lejana.

Él es un buen atleta
que le hace la competencia al siglo,
si Dios quiere, quizás logre superarlo.
Cuando se abren las aguas
y el sol se levanta lentamente en el aire,
el viejo Giovanni las acoge como
un buen amigo de su juventud.
No las saluda con efusión, pero mira atento
este milagro salido entre Molara
y Tavolara: un piquete
en su estrecha carrera con el tiempo.

Durante el día el viejo Giovanni
se ocupa de sus asuntos, compra pan, reza
en la pequeña iglesia del centro del pueblo,
supera el bajo cercado para doblar una rama
de albaricoquero hacia una turista deseosa,
admira la buganvilia, sus flores sensibles
de color morado, y a veces observa el sol
en su descenso hacia el ocaso.
Su pensamiento está ya en el amanecer de mañana.

Sólo por la tarde, bajo la pérgola,
el viejo Giovanni pone sobre la mesa
no sólo algunos vasitos de arrayán para algunos
huéspedes casuales, pero también sus recuerdos
de una Cerdeña más pobre,
pero también llena de vida, de sabores
y de gestos auténticos.

*
* *

Sobre Debbieddu, o la magia culinaria,
donde quesos y carne se preparan con miel brillante
como para llevar a la misma mesa
el Purgatorio y el Paraíso.

En sus viajes remotos sobre el mar,
quizás también Ulises fue
prisionero de estas estupendas recetas
que la antigua Cerdeña
conserva hasta hoy.

Traducción de Marian Raméntol

DIARIO DE LA CREACIÓN

PANORAMA DE LA POESÍA ÚLTIMA

MAXIMILIANO HERNÁNDEZ MARCOS

EGOMETRAJE DEL PODER EN CUATRO FIGURAS

I

Es un amor el suyo prepotente,
de hondo sentir a golpes de arrebato,
que se adueña del alma sin recato
con un fervor de estirpe decadente.
¿Amar de cuerpo entero es esta fuente
que transforma lo ajeno en fiel retrato
del propio honor, del dolor insensato,
y arranca del hogar la paz ardiente?
Sombrío es el placer de la locura
que carga el sentimiento de rudeza,
vil la fuerza que quiebra la ternura
del corazón y apaga su belleza.
Sólo se esconde la oquedad oscura
donde el sexo no es luz sino fiereza.

II

La honestidad se vende en una agencia
de mercado que fija los valores
y el destino de los consumidores
jugando con su lucro a pura ciencia.
Esta sencilla regla de conciencia
nos hace ciudadanos y señores
de la Tierra, voraces soñadores
de la igualdad global en la indigencia.
¿Es acaso riqueza esta codicia
de inflar y camuflar con desmesura
hasta hundir el planeta en la inmundicia?
En este afán perverso de la usura
no hay remiendo sagaz y no hay justicia,
que no es dilapidable la cordura.

III

Fulge con el corazón de un instante,
vuela a la sagacidad de un cometa;
caprichosa y voluble, no respeta
el alma noble ni el dolor sangrante.
Diosa más pura y táctil que el diamante,
transforma lo que toca en su careta,
porque el disfraz es su emoción secreta
para brillar de un soplo delirante.
¡Cuán admirable reina tu cortejo
de imágenes, de vítores, de humo,
donde no hay rostro sino sólo espejo
que multiplica el eco del montaje!
En esta feria infame del consumo
la gloria es una marca del pillaje.

IV

Un buen gobierno crece en la virtud
y aquilata su fuerza en la confianza.
Tal brillo democrático se alcanza
cuando se hace global su magnitud
y el mercado se torna única luz
del obrar sabio y digno de esperanza.
La igualdad justa de tan fiel balanza
iguala el miedo de la multitud.
Un buen gobierno sabe de belleza,
nos representa con la piel tan pura
que está en su imagen sola su nobleza.
Un buen gobierno vive del placer
de servir con el cetro de la altura.
Melodía o abismo aquí es poder.

¿Gobierna en paz quien sólo horror procura?

Maximiliano Hernández Marcos es profesor en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Salamanca. Ganó con *La sobriedad del tiempo* (Nausícaa, Murcia) el III Premio de Poesía Andrés Salom, convocado por *Ágora*.

FULGENCIO MARTÍNEZ

POR BEAS DE SEGURA

a Carmen de Michelena, que fue discípula de la Institución Libre de Enseñanza, profesora de Matemáticas; y a sus alumnas: a Teresa Valverde y a las mujeres de la Asociación cultural El Yelmo, de Beas de Segura.

Como enseñan Confucio y el Tao:
en lo pequeño, está el Todo.
Así, una mujer de bravura
hizo, de un pequeño trozo
de la tierra de España,
su morada y su patria terrenal,
y llevó a muchos perdidos a Dios.
Otra mujer, Carmen de Michelena,
otra Teresa, por ahí
anuncia la razón que es alegría,
victoria sobre el miedo, matemática de almas.

Dos vidas de mujer
separadas por casi cinco siglos
y una fe igual, más grande que la vida:
un humanismo a este lado y al otro de Jesús y de Sócrates,
una fe en la educación igual
para hombres y mujeres,
y en la humildad, y en la libertad,
y en la esperanza generosa con el más próximo.

Si no conoces aún Beas de Segura,
caminante, levántate y anda,
camina hacia allí
con tus pequeños pasos,
sobre tus sandalias pequeñas, ven
a Beas de Segura, a Beas de Segura,
con Teresa, con Carmen.

Noche, 2-3 de Noviembre 2010

Fulgencio Martínez (Murcia, 1960) ha publicado recientemente *El cuerpo del día* (Renacimiento, Sevilla).

DOLORES ESTAL

DESDE LO MÁS ABAJO

(Fragmento)

Un intruso me habla al oído
y me estremezco.
Un intruso amorfo,
sin alma
que se instala en mis pensamientos salpicándolos
de palabras grises.

Me habla de mi mar en otras costas
y me muestra la pasión
de otros hermanos.
De otros rostros que miran a lo alto
mientras con sus manos
acarician la textura de otra arena.

Me dibuja un corazón hecho pedazos
y una tez
oscura como el sueño de los viejos.

Yo intento no escuchar la voz intrusa
y danzo y danzo
alrededor de mi gran piedra
que me ignora.

Ya la voz hecha silencio
respiro al comprobar que aún
no estoy loca
pero su eco permanece en mi memoria
que me recuerda lo más bajo
de otras tierras...
Y de nuevo mi mar se hace más grande...

Dolores Estal vive en Puerto de Sagunto (Valencia).

JOSÉ CANTABELLA

ÁRTICO

Uno

Mientras te asomas
a la acristalada ventana,
haces música, golpeando
con la punta de los dedos,
para que la morsa
acuda a ti obediente, sumisa;
yo también quiero
acudir a ti dócil
cuando esta noche
en nuestro lecho íntimo
frotes
con tu lascivo dedo índice
tu ardiente clítoris.

Dos

Rompes la banquisa
como aquella beluga,
cuando recorres
con tu lengua mi deseoso cuerpo,
y, llegas, feliz, ardiente,
hasta mi sexo también encendido;
luego, colmada,
sales a la superficie
como el cetáceo,
y respiras vida,
amor, pasión, fuego.

Ciudad de las Artes y Ciencias de Valencia (25-9-2.010)

José Cantabella es narrador y poeta (Molina de Segura, Murcia).

JUAN TOMÁS FRUTOS

NO DEJES DE ABRAZARME

Vuelvo mi vida a ti,
y soy de nuevo
con la gracia de los pajaritos
de una infancia azulada
en una primavera reinventada.
Me consuelas
con un poco de amor
que es secuencia entre amistades
que nos promueven
hacia ese altar
que será deseo, libertad
y pura creencia.
Todo tiene sentido
cuando te escucho,
cuando me entrego a ti
en una noche de Luna
que es perfecta
en tus labios de aromas
y de sabores a cielos inmensos,
gratos, entre órdenes
de cariño puro.
Mi vida vuelve a ti,
porque estás tú.
No dejes de abrazarme.

Juan Tomás Frutos es periodista, profesor de periodistas y escritor.

BRUNO JORDÁN

VEINTICUATRO HORAS EN LA VIDA DE NADIE

Hay noches que son lamento,
lamento de grito opaco,
de gemido seco,
de desconsuelo.

Hay noches que no son noches:
lamento desnudo solo.

Hay noches que son lejano
remoto dolor aullido,
de ausencia siempre,
de nunca.

Hay noches que no son noches:
son jamás.

Y hay noches que no son
lamentos lejanos aullidos secos ausentes.
Son noches difíciles.

Hay días que son blanco,
claridad mate sin huecos,
luz llana continua,
tenue superficie
rasa,

sin accidentes;
plano certero:
perfecto
blanco.

Hay días que son buenos,
buenos días,
buenas intenciones,
amable transcurso plácido del tiempo,
los mejores
deseos.

Y hay días que no son
sino malos días,
días que no son días
cuando esperan la noche.

Bruno Jordán dirige y edita la revista Poe+

KARINA SOLÍS WALTHER

SUEÑO DE TIERRA

Un cisne flota dormido,
Sobre la gran sombra negra.
Los monstruos de humo gris
Vigilan mi pueblo,
De lejos escucho voces,
El silencio está gritando,
Y no puedo callarlo.
Los príncipes de calor abrazan mi bandera
Haciendo patriotismo en cenizas,
De pronto Inmensas olas avanzan
Y revientan en mi rostro,
El agua ya no es un milagro,
Ahora intenta que acompañe
Al cisne en su sueño.
Y la tierra se sacude,
Baila y baila,
Y yo torpe para seguirla,
Caigo tumbada con los hombres de la tierra.
Ahora silencio,
La tierra ya no quiere bailar,
Porque un volcán está llorando,
Y los hombres corren de él,
No entienden su pena.
Miro al cielo,
Ya da igual que estrellas caídas inunden el mar,
La tierra está herida
Y no la pueden sanar.

Karina S. Walther nació en Osorno, Chile.

ISABEL MARTINEZ BARQUERO

Esta noche es el tiempo
y su caricia ciega
se extiende por los hombros
que, hundidos y confusos,
curvan el peso de la duda.

El tiempo…
El ácido que sangra y devora
pieles erizadas de sol y de belleza,
el que muda simientes en ecos sin destino,
el que transforma futuros en capas de hojarasca.

Es un ladrón del reposo vestido de eficiencia.
Es un vicio que se anuda a la columna débil.
Y estira anhelos para forjar cansancios
de metas que no existen.
Y trabaja, sin descanso, pieles de hastío
y dibuja comisuras de crueldad sin fecha.
Y vacía las pupilas del asombro primero
y escancia la miseria de saberse presente.

El tiempo…
Tosco, rudo,
que si mirar pudiera
no soportaría su imagen en los gestos.

Isabel Martínez Barquero (Murcia,1958). Poemas publicados en las revistas “Azahara”, “Tránsito” y “Nueva Estafeta” (1979-1982). Colaboración en el Suplemento Literario del periódico “La Verdad” (1981-1982). Premio “Hucha de Plata” (1989).

PERFECTO HERRERA

CAPUCHINAS

Me vi viajar bajo un dosel de hojas,
verde sobre verde, claro sobre oscuro,
las blancas nervaduras alzándose
cual bóveda de catedral gótica,
palios de naturales veladuras bajando,
ambiente húmedo de agua y raíces,
en donde la cochinilla
y la escolopendra
descubren un mundo
de intrincado laberinto;
y por fin, flores, flores alzadas:
las humildes capuchinas
loadas por cúpricos insectos
que con sus élitros de luz las profanan .

Así la humana naturaleza:
rizomas y arborescencias,
capuchinas
y natura entre sus vestiduras,
agua, vuelo
y élitros en el espíritu.

Ese es ahora mi mundo:
un plantío de modestas capuchinas amarillas.

Perfecto Herrera (Berja,Almería), se licenció en Derecho en Granada.

PATRICIA O (Patokata)

MADRE TIERRA

Gaia, Pachamama, Madre Tierra...
tantos nombres como ciclos se han gestado en tus arenas.

En tus aguas, que han albergado tantas vidas
desde que el mundo existiera.

Especies que han migrado a lo que somos hoy,
transitando a través de diferentes eras.

El verde y el azul de tu corteza hoy mudan
dando paso a otra evolución terrena.

Madre Tierra, atrás ha quedado
el salvaje vuelo de tus libélulas.

La huella eternizada en los fósiles de primitivas bestias,
hoy nos habla de catástrofes sobre suelos de singular belleza.

Pachamama, el recuerdo de un lenguaje sagrado
que con el silencio del aire se mezcla,
ha quedado impreso en la memoria
que oculta, del mundo, la naturaleza.

El origen sagrado del hombre,
el origen divino de todo lo que hay sobre la tierra.

Restos de otras palabras que otorgaban vida
con solo pronunciarlas de especial manera...

Gaia...tus fronteras hoy se borran,
tus suelos se sacuden
y a tus aguas no hay fuerza que las contengan.

Tus árboles se están derrumbando
y muchas especies han dejado de producir descendencia.

Tus polos están entrando en conflicto
porque sienten que ya es hora de una danza nueva
y acorta la brecha entre el día y la noche
el furioso movimiento que a tus ejes no da tregua...

y los hombres...los hombres que están comenzando
a agudizar su oído a la conciencia
ofrecerán sus manos para construir
en lugar de destruir praderas?,

ofrecerán sus mentes para concebir
en lugar de matar en las guerras?,

ofrecerán sus corazones para amar y unificar
en lugar de anteponer barreras?

Gaia, Pachamama, Madre Tierra...
en qué lugar del Cosmos quedaremos
si soltamos tu mano de coral y perlas?

Si de los cuatro elementos que te conforman
no hemos tomado sabiamente la cuota parte que nos complementa.

Madre Tierra, las plegarias del mundo
hoy se revisten de tu esencia
clamando que al fin se vislumbre un milagro en el universo
que al gris horizonte corone de estrellas...

Patricia O. (**Patokata**), tiene 40 años y vive en Montevideo-Uruguay. Es administrativa.

GEYSER LÓPEZ

LA CARTA SILENTE

I

He venido a confesarme.

Nacido con la virtud cromática
que cincela extrañas simetrías,
en vez de escribirte, ahora,
con brochazos hubiese llenado
el trapo colgado en mi cuarto.

Nada peor que ese lienzo
tan inconcluso e interminable,
pintado de puro blanco.

Si el mundo acatara mi voz,
porque de ella nace el acento triste de las cosas
la ira repentina del pulso,
la tragedia que galopa en la pausa
de inmediato compusiese:
una trova,
dos mariachis,
tres boleros
y una solemne retirada.

Nulo me hace el donador.
Su criterio fue:
“A principios de noviembre ya nadie recordará tu nombre,
o peor,
nadie recordará tus hechos,
o muchísimo peor,
te entromparán con los labios
y nada más”
Yo que no escribo, ni pinto, ni canto
Liberaría los ojos, el verbo, y el llanto
De tanta nada.

Pero el demiurgo resolvió
Que algún día lo escribiera:

He venido a confesarme.

II

Quise pensar que a posteriori
sería una especie de *amitié déguisée*,
reflexión tonta, supongo,
pero esa tentativa
conjugó todas mis gravedades.
Soy un títere movido por
cuerdas atadas
a los caprichos de tus dedos.

Y cuando me creíste lejano,
"Qué fácil olvidan los hombres
que una rápido abandona,
¡qu' *express* el dolor!"

III

Una tarde te seguí.
Me detuve a pocos metros.
Eras la mancha que parece que se arrastra.
No volteaste.
¿Acaso sentías
que yo estaba a una mirada?

A escondidas te observaba
con mis peores ojos
para que el ejercicio
fuese una hermosa manera de indignarte.

IV

He venido a confesarme:

Difícil es tan de pronto,
volver a mí.
Recordarme tierra seca.

Yo a tu lado me incompleto.
Vi en tus ojos tristes mis ingénitos.
Soñé acariciarte lo que tiembla.

Eres eso;
una cosa rara que se enrosca,
una mano suave que me soba
a paso lento como un gusano
andando sobre tierra.

Geyser López. (Caracas, 1980) Reside en Montreal. Finalista del Certamen poético Alfonsina Storni, Calgary, 2009; Premio de Autores Inéditos Monte Ávila Editores, 2009.

RAFAEL GÓMEZ SALES

EL VIAJANTE

Las capas de mi piel son resistencia
y guardan como fósil cada tacto.
Soy la suma de esperanzas de los viajantes
que hay en mí.

Mi esfuerzo es metal:
ralla con sutileza cada uno de los labios
de la soledad entre la que te busco.

Soy ese niño a punto de crecer en estaciones
como él yo también supe emigrar
siguiendo coordenadas familiares.
Las miradas de los extraños que veía
eran fragmentos míos:
guardaban propiedades del silencio
y en mi mente transformaban historias.

Rafael Gómez Sales, natural de Murcia. Ha recibido el Accésit de poesía de 2008 y el primer premio de relato del concurso Mola Joven convocado por el Ayuntamiento de Molina de Segura. El primer premio de relato de "Mi casa" de este año.

JOSÉ ÁNGEL PAREJO

INVULNERABLE

Me sorprende que el frío
no te afecte, que seas inmune
a las tempestades más devastadoras,
despejándolas con un simple parpadeo.

Abrasan tus espaldas lenguas
de fuego sin que te inmutes.
Vientos que en la noche cruzaron
campos abiertos hasta hallarte
se detienen ante tus barreras.

Vences siempre.

Ni la sombra que yace oculta en la luz,
ni el sabor metálico dormido en tu paladar
ni tan siquiera la sangre a flor de piel
son freno para tus propósitos.

Me inquieta pensar que
el oscuro secreto perecerá contigo
y tu mecanismo de supervivencia,
fraguado al calor de mil victorias,
pervivirá como el mayor de los misterios.

JoséÁngel Parejo Medina nació en 1981. Licenciado en Filología Hispánica por la UJA, donde también cursó estudios de Postgrado en Literatura Comparada. Desde el año 2004 es profesor de Lengua Castellana y Literatura en un centro de Enseñanza Secundaria.

MIRIAM BRANDAN

ANTES DE LA MADRUGADA

Apenas llueve en el jardín, mientras te espero,
Las suaves ondas del sueño me acompañan,
El eco de tus pasos me estremece,
Mi alma se agita, es inminente tu llegada.

Siento en la brisa el calor que te precede
Y oigo el confuso rumor de tus palabras,
Adoro oír tu voz, cuando me nombras
Pues, de suspiros el pecho se me inflama.

Y desbocadas, escapan mis pasiones,
A naufragar en el mar de tu mirada,
El misterioso crepúsculo de sombras
Desaparece ante tu boca, que me llama.

Corro a tu encuentro en el jardín, y apenas llueve,
Mis pies descalzos, se humedecen con la grama,
Y me sumerjo en la tibieza tus brazos
Hoy como siempre, antes de la madrugada.

Miriam Brandan nació en Argentina y desde 1997 reside en el sur de California, USA. Sus poemas han sido publicados en las antologías: “Plaza Italia” (Julio de 2006); “Con la ayuda de mis Amigos” (Noviembre de 2006); “Bordecerro” (Mayo de 2007); “Por fuera del centro” (Octubre de 2007); “Rio Bellavista” (Noviembre de 2008); “Parque Mapocho” (enero de 2009); “Cerro Forestal” (noviembre de 2009), de la editorial Mago Editores, República de Chile. También han publicado sus poemas revistas literarias de Argentina, USA, Colombia y Perú, Chile y España y México.

GOCHO VERSOLARI

AYÚDAME A DISOLVERME

Ayúdame a disolverme.
Átame en cruz sobre un roble
mientras los sicomoros de la tarde
tienden barreras de viento y pan

Ayúdame a disolverme.
Espera que con el rocío del crepúsculo
mi carne se vuelva azúcar y silencio
y arranca sus mechones.
Te veré devorarlos
cuando la luna asome
y prepare jardines en el aire.

Ayúdame a disolverme
a preparar la muerte en tu mirada,
la muerte que se mezcla con la noche
y levanta pendones y medallas

Ayúdame a disolverme
Mis ojos brotados te verán devorarme
y cuando llegue el alba
te ocuparás del azúcar de mis huesos.
En la media mañana
cuando asomen los niños y los viejos
busquen el calor en los portales,

verán las cuatro argollas, las que sostuvieran
mis manos y mis pies
En tus senos llevarás mi mirada
Mis oídos
se abrirán en tu garganta y mis noches
treparán por tus piernas
Arrojarás mis penachos al sendero
donde cascos de asnos y caballos
modelarán los fantasmas de los días

Ahora,
con mi carne tensa bajo la luna nueva,
te repito:
Ayúdame a disolverme,
a trepar los hollines invisibles
mientras la nada muerde mis nalgas
con dientes de silencio.

Luego la muerte recorrerá jardines
y llegará por enmohecidos huertos
para llevar la ausencia de mi cuerpo
sostenido roble a roble
por los azules clavos del recuerdo.

Gocho Versolari (o **Ricardo Iribarren**), escritor argentino. Su obra se encuentra en su mayor parte en Internet.

JUAN PEDRO RUIZ

PALABRAS A CARMEN CONDE

Una vida de misivas
Con más vida que otras muchas
Un vergel lleno de flores
Destinados a ser fruto.

Yo te siento más que a nadie
Como si tú fueses mía.
“Mi querida Carmen Conde
La del fruto de alegrías”

¡Que no cabe más corazón
Entre palabra y palabra!
Que tú con la gracia del mar
Colmas de olas mi alma…

Tú eres el mar y su fuerza
Tempestad, ¡viento onírico!
Tú eres la delicadeza
De la espiral del molino.

De tu pecho un toro de sal
Emerge su testa hacia el sol
De tus manos han nacido
Nuestras perlas del mar menor.

Gracias en nombre de España,
De la mujer de su casa,
De la casa de las letras,
Y las letras en las casas.
Gracias.

Juan Pedro Ruiz Cascales (Alicante**),** veinticuatro años, vive en Molina de Segura desde los seis años. Es licenciado en Biología por la Universidad de Murcia.

JOSÉ ALFONSO PÉREZ MARTINEZ

TRÍPTICO DE LA SOLEDAD

I

Soy un borracho,
recorro insomne
la dura noche.
Finalmente, rendido,
me acuesto en el primer
rayo de luz del alba
y sueño que tus labios,
vueltos lanzas,
me traspasan.

II

Soy un perro abandonado,
sarnoso, flaco.
Recorro las calles,
rebusco en las basuras,
recuerdo cómo eramos antes,
cuando me querías.
Encuentro tu rastro,
la casa en que vivía.
Me tiendo a morir
bajo tu ventana.

III

Soy un hombre de ciudad,
un urbanita.
Huyo de la muchedumbre,
de las voces múltiples,
en busca de mi voz,
ensordecida.
En rústicos parajes,
como los lamas o los monjes,
hallo al fin el silencio,
la paz bendita.
Me tiendo a la sombra de un árbol
hecho de calma y de sombra.

José Alfonso Pérez Martínez (Cartagena,1976.) ha publicado poemas en revistas como “El coloquio de los perros” y “Oh Poetry”.

POEMAS INÉDITOS DE ENRIQUE GRACIA TRINIDAD

UNA NOCHE EN LA ÓPERA (Sam Wood)

El mundo es un repleto camarote
donde ya no cabemos,
y alguien sigue pidiendo huevos duros.
Total, ¡y qué más da!

Insisto: No cabemos.

Cuando abran la puerta
se va a armar la de dios en el pasillo.

(Del libro *Butaca de entresuelo*. Inédito)

CALLE CARONTE
(junto a las tapias del cementerio de Santa María)

¿Cuántos clientes han venido hoy?
¿A cuántos has dejado, por no tener moneda, para que vaguen sin sentido por estas viejas calles los próximos cien años?
¿A cuántos azotaste para que no dejasen de remar hasta llegar a la otra orilla?
Yo no tengo la fuerza de Heracles ni el arte de Orfeo pero tengo un secreto ¿Me dejarás pasar si te lo cuento?
No desconfíes, viejo loco, nadie va a castigarte por saber lo que quiero decirte.
El maldito barquero se acercó cauteloso, le temblaban las barbas y sonaban sus viejos huesos como el agua del lago contra el casco podrido de su esquife.
Verás, brillante amigo oscuro, los dioses que te dieron tu oficio ya no existen. Trabajas para nadie. Todos cuantos cruzaste al otro lado, se quedaron allí convertidos en polvo. Y los que no cruzaron por no poder pagarte son ya polvo también, arena de los siglos.
Ni Dante, ni Virgilio, ni Aristófanes; ni el más pobre de todos los esclavos ni el más afortunado de los reyes. Ninguno vive ya más que en los libros, y los libros también se perderán tarde o temprano.
Deja que te acompañe al último viaje. Cuando lleguemos verás que ya no ha nadie, que es la verdad lo que te estoy contando, que el reino de los muertos está muerto como lo estará un día el de los vivos. Nos quedaremos en aquella orilla menos tumultuosa que esta otra, esperando que el tiempo nos acabe también.

No hizo falta remar. El viento sopló justo y silencioso. Lo dos fuimos mirando cabizbajos la espuma de la tarde del mundo.

(Del libro *Mentidero de Madrid*. Inédito)

Enrique Gracia Trinidad (Madrid, 1950). Escritor y divulgador cultural.
Autor de una veintena de poemarios. Ha recibido varios premios nacionales e internacionales.

GINÉS RECHE

LA SIGUIENTE COLINA

De tu piel, logros
de un roce improvisado,
en sus formas de nieve.
Todavía, dos labios.

En vertiente de sombra,
una noche desnuda,
una estrella en el sexo
dispara su luz ciega.

Márcame la siguiente
colina: ya en tu cuerpo
sólo conviven sabios
gorriones de ciudad.

Ginés Reche (*Oria, Almería, 1966).* Fundó en su pueblo natal, los *Encuentros de poetas Almerienses.* Figura en las antologías: *"Nuestros Escritores. Antología de lecturas almerienses"*, Diputación de Almería, y *Diez años de poesía*, Laberinto de Ariadna, Castelldefells (Barcelona). En el 2007, publica su primer libro de poemas *Huésped extraño*, con el que obtuvo el Premio de poesía "Joaquín Benito de Lucas", Talavera de la Reina, Colección Melibea.

JUAN MANUEL JURADO ROMERO

DESDE LA CUBIERTA

Sé que mi sitio era otro,
pues aún recuerdo el paso de las horas
junto a los aledaños sólidos de mi codicia,
dibujando una proa solitaria
a la que nunca alcanzaban los vientos,
eternos rastreadores de mi ímpetu.

Lo que ya no sé es si este rumbo,
caído sobre los mapas con el cinismo de lo ilusorio,
me llevará hasta el territorio que alguna vez imaginé
en los viajes trazados con líneas invisibles,
cuando abarcar lo inalcanzable
era aún una tarea alojada en el sueño.

Un día el estruendo del mundo lo redujo todo,
dejé de estar a salvo
y mis palabras se hicieron lluvia sin forma.
Ahora viajo sin conocer los signos que se me revelan,
sin saber del sustento de estas aguas
o la forma de la tierra que permanece a la espera.

Pero reconoceré su contorno cuando aparezca,
porque navega conmigo como un verbo mudo
que me hablará con voz exaltada al encontrarnos.

Mientras tanto, mientras espero la llegada
de un tiempo de ojos exultantes,
acompaño al mar en su inmensa deriva,
revisando desde esta cubierta convertida en orbe
la pequeñez de mi ánimo, presenciando aturdido
la magnitud de mis secretos fantasmas.

No volveré. Continuaré buscando la línea rota
encajada en el límite del horizonte
mientras el océano se desvanece
en el pequeño espacio de mi vista ensanchada.

Juan Manuel Jurado Romero (Madrid, 1962). Ha publicado los poemarios *Apuntes del crecimiento, Geografía de lo íntimo* y *Las razones de Aristóteles*, las novelas *El sillón azul* y *La mujer del pintor* y los ensayos fotográfico-poéticos *Andanzas* y *Paisajes rurales de España*. Gran parte de su obra literaria está disponible en su blog que lleva su nombre.

RELATOS

EL RECTÁNGULO LUMINOSO

DAVID GARRIDO NAVARRO

Estaba sentado frente al televisor, mirando hacia el vacío de una pantalla hueca que intentaba desesperadamente llamar su atención sin conseguirlo. No, no veía nada de lo que aquel rectángulo grasiento y lleno de polvo le estaba vomitando a la cara. Ni siquiera veía los cuerpos hermosos y semidesnudos de aquellas chicas que desfilaban frente a él incitándole a que comprara un nuevo desodorante que, bajo sus sobacos, pondría en celo a toda hembra que se cruzase en su camino. No, aquellas chicas desfilaron en cueros ante sus ojos y él ni se enteró. Una pena, porque llevaba mucho tiempo sin comerse una rosca y aquel desodorante podría haberle venido de perlas. Tampoco se enteró de las ventajas de contratar una linea adsl con una compañía que parecía estar verdaderamente preocupada por el bienestar de sus clientes. Como preocupados estaban, pero por el medio ambiente, unos fabricantes de coches cuyos automóviles no solo no contaminaban, sino que además eliminaban residuos de la atmósfera. Y eran coches muy baratos, que además se podían pagar a plazos, con una financiación realmente atractiva. Él siguió sin reaccionar. De repente un yogur, aunque no un yogur cualquiera, era un yogur con no sé que bichitos que eran capaces de salvarle a uno la vida, pues te curaban el colesterol y, ademas, mientras lo hacían, a las chicas le ponían el cuerpo de Raquel Welch con 18 años y a los tíos los ponían cachas que te cagas. Y él sin prestar la mas mínima atención. Una consola, un móvil, una colonia, otro coche, una cuenta bancaria, una película, unas zapatillas, un libro, un tercer coche, una cuenta bancaria distinta a la anterior, mas yogures, cereales para hacer bien de vientre, una pastilla que te quitaba todos los dolores... Pero nada de nada, él siguió mirando sin ver, escuchando sin oír, dejando que todas esas cosas, diseñadas expresamente para satisfacer todas sus necesidades vitales, escaparan pasando por delante de sus narices. Y todo por estar pensando en otra cosa. Aquello era un ultraje, un insulto, una falta de respeto. Entonces un olor extraño le aguijoneó las fosas nasales. Era un olor agrio y cálido que le dejaba un gusto amargo en la punta de la lengua. "Ah, pero si soy yo", pensó tras resoplar aliviado. Luego se levantó y caminó hacia la nevera. La abrió y tras echar una mirada se dio cuenta de que había poco que mirar. Cogió medio tomate y se lo comió de un bocado. El tomate explotó entre sus dientes y su jugo le chorreó por la barbilla. Caminó hacia el sofá y

se sentó en él de nuevo, bien repanchigado. Su carne blanda, casi viscosa, se esparció por el tresillo como el aceite sobre la sartén. Mientras, la televisión seguía mostrando el mundo tal y como era fuera de aquellos muros: perfecto. Aunque él continuaba ajeno a todo.

De repente sonó el teléfono. Tardó varios segundos en reaccionar, y cuando lo hizo fue lentamente, moviéndose despacio, sin prisa, como saliendo de un largo letargo.

-¿Quién es?

-Hijo, soy tu madre...

-Mamá... -mierda, se había olvidado por completo de que había quedado a cenar con ella.

-¿Vas a venir?

-Pues, verás, mamá, es que me ha surgido un compromiso y, en fin, lo siento mucho pero no voy a poder... ¿Qué tal si lo dejamos para mañana?

Su madre estuvo renegando un buen rato al otro lado del teléfono mientras él asentía sin despegar los labios. Al final se citaron para el día siguiente, a la hora de comer, y se despidieron con un beso. Y él regreso a su trono frente al televisor. Ahora había fútbol. Once tipos corrían tras el balón, yendo con prisa de un lado para otro. Era un deporte apasionante. Se trataba de meter el balón, de forma esférica, dentro de un rectángulo clavado al suelo por su base. El rectángulo, llamado vulgarmente portería, estaba custodiado por un jugador vestido con colores aún mas chillones que los del resto de sus compañeros. A este jugador se le llamaba portero, y se le permitía coger la pelota con la mano. A los otros no, los otros solo podían usar los pies o la cabeza, o el culo, pero no las manos ni los brazos. De repente uno de los equipos marcó un gol y hubo una explosión de jubilo de tal calibre, que resultaría imposible describirla con palabras. Los compañeros persiguieron al autor de tal proeza y lo abatieron, luego se echaron encima de él fundiéndose todos en un abrazo. Él numerosísimo público que abarrotaba el estadio estalló con los jugadores y comenzaron a dar saltos agitando banderas y bufandas llenas de vistosos colores, escudos y símbolos, al tiempo que gritaban al unísono "gol"; que es el nombre que se le da al hecho de meter la pelota dentro de la portería. Y todos sonreían y saltaban, gritaban y se abrazaban... Había tanto amor en ese deporte. Pero aquel cúmulo de sensaciones no parecían afectarle a él en absoluto. De hecho, se había quedado dormido. Con las piernas abiertas, los brazos desparramados, la cabeza levemente inclinada sobre su hombro izquierdo y la boca abierta, de no ser por sus ronquidos cualquiera lo hubiera dado por muerto. Pero no lo estaba, al menos no del todo, porque, aunque con dificultad, respirar, respiraba. Así estuvo una hora, quizá mas, hasta que los gritos desaforados que salían de la pantalla lo despertaron. Abrió los ojos, gruñó, chascó saliva y luego miró hacia el televisor. Allí habían personas discutiendo. Hombres y mujeres, enfrentados como gladiadores en la arena, se gritaban y se insultaban mientras la audiencia aplaudía cada una de sus intervenciones. Era otro tipo de espectáculo, y aunque no habían balones ni porterías, parecía desatar las pasiones del público tanto como el anterior. Él se levantó y se fue al váter. Vació su vejiga y luego agarró un cigarrillo y salió al balcón. La noche lluviosa lo recibió con una bofetada de aire fresco. Abajo, en la calle, las luces de los coches brillaban borrosas, como desenfocadas. Todo era gris, la ciudad estaba en calma. Desde fuera todavía oía a esas personas chillar, aunque le resultaba difícil entender lo que decían. Acabó su cigarrillo y lo lanzó al vacío. Cuando en-

tró en el comedor, los gritos habían cesado. Ahora un hombre le explicaba las ventajas de contratar un seguro que le protegería de todo tipo de accidentes y catástrofes. Y era barato, muy barato. Se puso el pijama; buscó el mando a distancia y apagó la tele. Luego caminó por el pasillo a oscuras hasta llegar a su cuarto. Se quito los pantuflos y se metió en el sobre. Entonces, como cada noche antes de dormir, hizo un repaso de las cosas que había hecho aquel día y también de las que haría al día siguiente. Y de repente, un montón de hermosas mujeres semidesnudas se colaron en su cerebro susurrándole el nombre de aquel desodorante que era capaz de ponerlas a todas en celo. Levantó el brazo y metió la nariz en el sobaco. Luego sacó la cabeza de entre las sábanas y dio un par de giros sobre la cama hasta encontrar la postura perfecta. La encontró y su cuerpo se fundió con el látex de su colchón. Ahora era imposible separarlos a ambos. Un pensamiento fugaz: era un hombre afortunado. Una pregunta retórica: ¿podía pedirle algo mas a la vida? Metió de nuevo la cabeza bajo las sábanas y, tras sacarla otra vez, se dijo para sí mismo: "Bueno, quizá si debería comprar ese dichoso desodorante".

David Garrido Navarro. Escritor nacido y afincado en Valencia (España), es autor de numerosos relatos publicados en diversas revistas literarias españolas y latinoamericanas (Narradores, El Cuervo, Palabras Diversas, Cinosargo, Creatora, Pliego Suelto, Palabras Malditas, Resonancias, etc.), que han llamado la atención de una buena parte de la crítica y el público gracias a su prosa directa, su ácido sentido del humor y su visión crítica, decadente y hasta esperpéntica de una sociedad actual a la que retrata sin tapujos. En 2006 terminó su primera novela, todavía pendiente de publicación. Desde entonces hasta la fecha sigue publicando periódicamente sus textos en diferentes revistas, webzines y weblogs de habla hispana.

HUESO DE PESCADO

JUAN PABLO COZZI

No la había abandonado. Simplemente había decidido que su alumbramiento acontecería en un tiempo diferente de este (probablemente un tiempo futuro), pero de lo que sí estaba seguro era que no le sucedería a él sino a otro. A otro carpintero, quizás más albino, más arrugado, más insolado que él, que a estas horas de la madrugada, frente al sol cruzado y naranja, con el occidente invertido, comparaba el armazón de la barcaza a medio construir con un espinazo de pescado medio enterrado en la arena.

Ayer no más, el último de los clavos oblicuos había sido enterrado profundamente en la madera y el espinazo del pez que todavía no iba a nacer estaba concluido. Mañana, quizás, (pero él sabe que mañana es nunca) vendría otro a acabar de ensartar las escamas y tal vez, pasado mañana, otro más arrastraría el pesadísimo anfibio hasta que la panza ovalada hubiera descorrido suavemente los guijarros húmedos, la arenilla y la sal, el océano inmenso.

Miró otra vez la cóncava estructura y tuvo un insólito espejismo. Podría decirse que sufrió por un instante del terror más inusual, al ver adentro del espinazo, como si éste fuera una enorme cárcel, su propia imagen tostada y cana, con sus brazos flacos tratando de desprender el caparazón de una tortuga recién guisada y todavía humeante. Éste delgado espectro se encorvaba sobre su columna huesuda y lamía las partes carnosas de la tortuga. A pleno sol en el varadero, esperando (o habiendo esperado) inútilmente que el mar creciera y la barcaza remontara vuelo sobre las olas azules para sobrevivir a la inundación del mundo, al derretimiento de los polos, a la hecatombe universal y metafísica, o peor aún, a la fortuita idea de que el demiurgo se había suicidado y había dejado todo, incluso el astillero, en manos de un absurdo antagónico que hasta ni nombre tenía.

Volvió a mirar el maderío y la ilusión había desaparecido, pero algo del miedo se le había quedado impregnado, igual que el olor a puerto en que se empapa todo aquél que transita por esas calles estrechas y húmedas. Había sido como ver el fantasma de su padre, que era su propio fantasma, aislado y eternizado entre los huesos del pescado (la cruz bajo la cual dormía sin respirar estaba fabricada con el mismo ébano que se usaba en el astillero). Desde allí, juzgaba que no era bueno dejar en manos de otro lo que se suponía que él debía concluir, que no había otro más que él para hacer este trabajo, como lo habían hecho antes su padre y el padre de su padre, cuyas quillas embreadas descollaban en mares no más ilusorios que éste frente al cual se emplazaban las gradas y el ancladero.

Guardó con cuidado sus herramientas en la caja y fingió despedirse de alguien. Con el rabillo del ojo miró obsesivamente, repetidas veces, a ver si la imagen volvía a aparecer,

pero no vio más que el armazón vacío de la barcaza. En una de las cuadernas (no una en particular, sino una entre tantas), había un clavo desalineado. La cabeza hemisférica y negra sobresalía media pulgada. Se acercó para mirar el resto. Estaban bien. Sólo una había sido clavada a desgano. Sería que su estómago ya le estaba gruñendo, rogando por el desayuno. Sería que un clavo es todos los clavos y la memoria tiende a economizar las imágenes de modo que una madera sea una madera cada vez que se mira. Fuera cual fuera la razón, uno de los clavos había sido mal metido. Pero ya había guardado el martillo en la caja y no era que le costaba mucho trabajo sacarlo y terminar de hundir el clavo. Sino que algo en su orgullo, algo en su noción de integridad ya había tomado la decisión de no seguir fabricando ese espinazo de pescado. Lo dejaría así, inacabado, interminable. Al fin y al cabo, el esqueleto inhóspito no iba a ser nunca una barcaza (o lo iba a ser mañana, cuando el otro viniese a trabajar y descargara junto al espinazo una carretilla de escamas).

Se dispuso a subir otra vez la calle que lo llevaría hasta el bar en donde servían ese desayuno que ya era casi un almuerzo. Pero no subió como todos los días. Más bien se alejó del astillero como quien deja a un lado un obstáculo. Su paso era tranquilo y rítmico, acompasado. Daba la impresión de que caminaba de costado, como un cangrejo, rojo bajo el sol que asistía a un ocaso invertido, sin demasiada prisa. Porque con un ojo seguía mirando el espinazo de madera, como si todavía hubiera quedado allí la figura encorvada que ahora estaría sorbiendo los restos de jugo de la corteza dura de la tortuga, metiendo dos dedos por el hueco del que ya no asomaba una cabeza verde, para luego arrojar el hueso seco sobre un montón de caparazones calcáreos.

No era la alborada sino un atardecer en reversa. Y no caminó calle arriba por el camino que lo alejaba del astillero, más bien desanduvo sus pasos (u otros pasos) desde el bajo hasta el bar en el que le servirían el almuerzo. Al llegar, las persianas bajas, las luces apagadas, el fresco aire vacío del puerto y la calle inhabitada le hicieron saber que era domingo. Era domingo hacía años y él iba a trabajar igual.

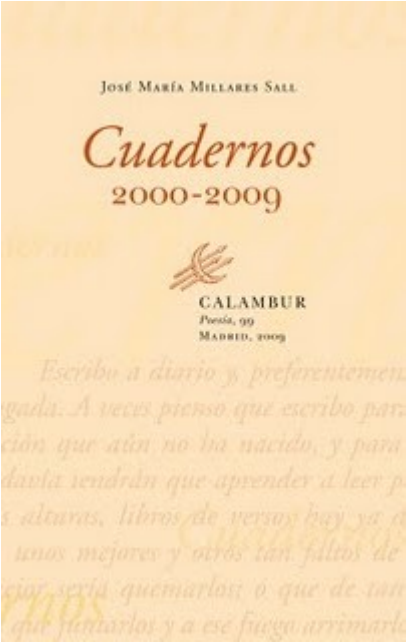
Juan Pablo Cozzi ha publicado en revistas virtuales como La Comunidad Inconfesable, Cinosargo y 150 monos. Su cuento “Miedo a las alturas” recibió mención de honor en concurso Voz Hispana de Editorial Mar en Proa, próximo a publicar en antología.

ARTÍCULOS LITERARIOS

JUSTICIA POÉTICA: A PROPÓSITO DE *CUADERNOS (2000-2009)* DE JOSÉ MARÍA MILLARES SALL. PREMIO NACIONAL DE LITERATURA 2010 EN LA MODALIDAD DE POESÍA

Por **Coriolano González Montañez**

Cuadernos (2000-2009)
José María Millares Sall
Editorial Calambur, Madrid, 2009



En Canarias, para los que empezamos a escribir en la década de los 80, el nombre de *Liverpool* era una referencia mítica y mágica. En nuestro imaginario poético primigenio era uno de nuestros libros de culto, aun sin haberlo leído, y José María Millares Sall uno de nuestros poetas de referencia.

No recuerdo en qué momento alguien nos mostró aquellos versos que devoramos y admiramos. Sí tengo noción de que lo tuve en mis manos, ya como una de mis más preciadas posesiones, en la edición facsímil de *Planas de poesía* de 1994 al cuidado de Andrés Sánchez Robayna.

No sólo *Cuadernos (2000-2009)*, la obra que hoy nos ocupa, sino toda su producción poética confirman a José María Millares Sall como un autor en continua experimentación con el ser y con la poesía, un hacedor de versos en libertad. Es por ello que *Cuadernos (2000-2009)* solo nos confirma que estamos ante uno de los grandes poetas en español del siglo XX, un referente ineludible. Los centros neurálgicos de la poesía no tienen por qué encontrarse en los centros geográficos, en esas grandes urbes consideradas como referencias culturales ineludibles ni siquiera en el catálogo de grandes editoriales. Pequeñas editoriales, valientes editores, tienen más, mucha más calidad y mejores autores que proponen líneas de hallazgo, de apertura hacia otros horizontes más interesantes que los conocidos y anquilosados en fórmulas repetitivas y tediosas. La editorial Calambur es un ejemplo de búsqueda y encuentro con un autor que vivía en la periferia geográfica, pero al que nunca se le podrá calificar como periférico.

Cuadernos (2000-2009) es, en palabras de José María Millares Sall, "una escritura directa cuyo desarrollo se busca haciéndose y se hace mientras se busca". Este libro ahora galardonado con el Premio Nacional de Literatura en la modalidad de Poesía, convocado por el Ministerio de Cultura, no es solo un reconocimiento, póstumo eso sí, a la calidad de estos versos, sino al conjunto de una obra cincelada desde el silencio y la marginalidad de aquel que escribe y publica para unos pocos privilegiados a los que su poesía llegó en vida.

Ya el año pasado, cuando se le concedió el *Premio Canarias de Literatura*, demasiado tarde cuando muchos eran quienes lo reclamaban, comenzó a vislumbrarse una puerta por la que los versos de este gran autor comenzaban a mostrarse a un público más amplio.

José María Millares Sall trabajó hasta el último momento en esta obra, consciente de su enfermedad. Un trabajo pleno de luz, un testamento poético. Ignorado, desconocido durante décadas, periférico en la geografía, nunca en la literatura, *Cuadernos (2000-2009)* es un golpe de guantelete a esa poesía almibarada, aposentada cómodamente en los divanes de la autocomplacencia y de los mutuos halagos de una crítica ciega que no ha sabido ver más allá de una frontera. Nunca el mar, este mar, dio tanto a la poesía.

Cuadernos (2000-2009) es una obra ontológica: el hombre frente al paisaje del alma y el paisaje del recuerdo, de la infancia; el hombre y su lugar en el mundo cuando el fin ya se vislumbra cercano. Escrito con una aparente sencillez de recursos retóricos, con un esquema versal repetido a lo largo de todas sus páginas, sus versos luminosos (*"faros de cegadora / luz"*) nos llevan por caminos llenos de onirismo, de surrealismo, tan cercanos ambos a la tradición poética de los autores canarios. El autor reflexiona a lo largo de los diez cuadernos, o "celdas" como él los denominaba, acerca del hecho creativo en sí, acerca de la naturaleza omnipresente en su vida.

porque no llueve

sólo eso y poemas y voces y seres que andan

sólo eso y su nada

y dios

arriba.

En los poemas se concatenan las ideas, las imágenes hasta desembocar en un final no concluyente sino abierto, como los poemas, materia orgánica que se nutre de sí mismos y que terminan conformado un todo, una naturaleza nueva y revivida, reinventada. Poemas atiborrados de emoción, de mar, de infancia marina, recobrada y luminosa.

y entonces nos dormíamos

para que la mañana

con su luz volviera a nuestro encuentro

a ser de nuevo

toda

la playa.

Y, aunque el recuerdo también es pérdida y dolor,

Escuchas

pero no acudes ni oyes

ni al ojo atiendes ni al agua que se ciega

Hace

frío esta tarde

y la playa y la sombra de su orilla

está desierta

y hasta el mar se aleja.

al poeta siempre le queda la reflexión, la introspección, la reflexión sobre la poesía.

nace el poeta y leve pasa y resta luz su mano

y leve en la raíz se adentra del silencio

El propio José María Millares Sall afirmó en su prólogo que estos versos “no son lectura para todos sino para quienes leen pensando que lo que leen es, sencillamente, poesía, no versos".

Cuadernos (2000-2009) es el legado de un autor irrepetible al que se le ha hecho justicia, un autor que llevaba tatuados en su alma el silencio y la soledad de los que ahora se le rescata.

Estaba

en la ausencia

pero allí no me encontrabas

que allí sólo solitario en la hoja

de un árbol estaba

y de ti era de nuevo un juego extraviado

oculto en el color de la madera

y de ti el pájaro

y de ti la montaña que subía

pero tú no me encontrabas aunque sabías

que estabas conmigo unidos

en la soledad de nuestro silencio

en el agujero negro de la luz donde siempre

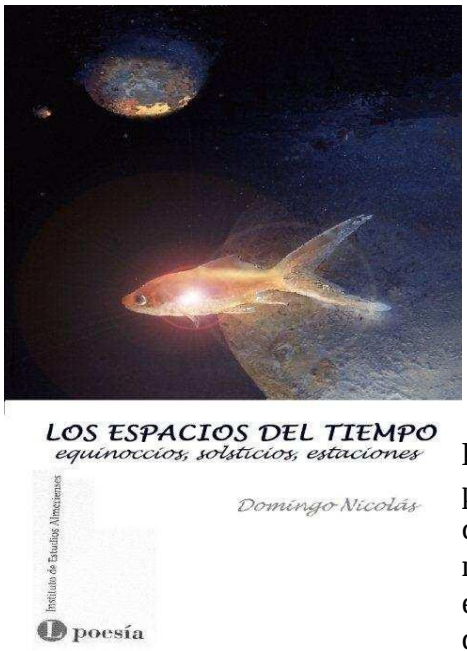
en esa ausencia

con los ojos

nos escuchábamos.

Coriolano González Montañez (Santa Cruz de Tenerife) figura en varias antologías de poesía escrita en Canarias y ha publicado recientemente *La luz*.

DOMINGO NICOLÁS EN LOS ESPACIOS DEL TIEMPO



Por **Carlos Clementson**

Los espacios del tiempo
Domingo Nicolás
Instituto de Estudios Almerienses

Tras su último libro, *Gadea*, esa estremecedora aventura por los horizontes, a un tiempo, de la vida y de la trascendencia, parece como si en este nuevo poemario, Domingo Nicolás, ciñéndose a las estrictas coordenadas del aquí y el ahora de nuestra existencia terrenal, siguiera, y no sin cierta resignación, el consejo de su maestro Séneca de que "Para el conocimiento de las cosas inmortales el hombre es demasiado mortal", y el foco de su reflexión lo situara en las existenciales coordenadas del espacio y el tiempo de su concreta experiencia vital.

En esta nueva obra de impecable construcción y, orgánicamente bien estructurada, y seriada bajo, casi, la exclusiva forma del soneto, al enfrentarse a las cuatro partes o estaciones de la vida del hombre en que ésta se divide, a sus equinoccios y solsticios, el autor va analizando desde la emoción y la belleza, y desde su personal instalación en su Valle de Pechina, las correspondientes fases de infancia, juventud, de madurez y senectud que configuran el todo de la vida humana, partiendo de la particular experiencia de la suya propia. Hermosas todas ellas para él, con dones y desafíos a la vez, hasta llegar al borde de la finitud, ante cuyo abismo en esta ocasión se detiene el poeta, sin pretender ir más allá, y aceptando, y no sin estoicismo, el que "...cuando morimos / descansamos".

Para este paseo por la vida del hombre el autor utiliza el siempre perenne, clásico y eficaz vehículo del soneto; pero dotándolo de una conmovedora y novedosa nervatura de giros y de rimas, aún cuando toda esta andadura nos reciba y se abra con un pórtico de deslumbrante y difícil tensión rítmica mediante el poema introductorio "Cuando", escrito en unos fluentes eneasílabos —metro particularmente arduo de adaptación a nuestro castellano por su origen francés, y que nada tienen que envidiar a la musical y sobria perfección en el manejo del mismo por su maestro José Hierro.

Este poema en eneasílabos rimados, introductorio lírico general a todo el libro, alude todavía a un concepto inexistencial del tiempo, y con sus abstracciones adverbiales, marcadas con negrita en el texto, consecuentemente a la nada. Sus tamaños de fuente cursiva son ligeramente superiores a los del resto del libro, incluidos los de los pórticos de cada capítulo, que el lector podrá leer en un tamaño 14 / 12.

La primera sección, “Equinoccio (De la Creación)”, nos recibe con un canto a la iluminante ventana abierta al mundo de los sentidos, que nos permite la captación de su varia y tornasolada hermosura, como la que preside el maduro discurrir del poeta en sus horizontes del Valle de Pechina, en Almería, y que se resume en la deslumbrante belleza de la flor: “Si la virtud del lirio se desnuda...”. En él se advierte ya la plenitud lírica de una forma limpiamente trabajada y conseguida, en la que a lo largo de los catorce endecasílabos y las tres anáforas encadenadas con que se abren las tres últimas estrofas, el ritmo sin falla va marcando la melódica y a la vez original textura de unas rimas con las que Domingo Nicolás da un sesgo muy personal y de hoy, aunque abrevando en la mejor tradición del género, a marco estrófico tan clásico y renovado.

Y junto a la belleza radiante y acogedora de lirios y de cedros, de flores y otros árboles que le rodean, la emoción vegetal, casi primaveral, de la llegada de los nuevos retoños del árbol familiar con la auroral irrupción del primer nieto, otro nuevo y fresco golpe de vida que viene a añadirse a la ya vivida del poeta. Domingo, en esa poesía de cosas familiares, en que Lope y Unamuno son auténticos referentes, responde con la autenticidad que desde siempre caracteriza a su insobornable condición de hombre y de poeta frutecido, se inserta en esa tradición del tema doméstico y entrañable que desde Lope de Vega, y pasando por Miguel de Unamuno, Miguel Hernández, y Ángel García López, maestros en el género, marca una temática, honda y emotiva de nuestra literatura, hoy casi ausente en una producción literaria, presidida por una banalidad insustancial, que ha hecho de la poesía un mero juego o pasatiempo más bien frívolo, y de espaldas a una creo que necesaria humanización de la lírica.

Y a ese pétalo primero, que es el pequeño Alejandro, le sucede el audaz nacimiento de su hermana Julia, y antecedió aquel otro de esperanzada alegría, por entonces aún nonata, que mes a mes, fuera ya disponiendo su flamante entrada hacia la vida. Y entonces la gravedad del soneto y de la dicción clásica se ilumina y alegra infantilmente con un vocabulario cotidiano y lúdico, rompedor de la seriedad de la estrofa, (“y flipa...”), a la vez que con un innato sentido de los valores fónicos de la lengua el autor se recrea en un juego de sensuales aliteraciones de gustoso sabor fonético: “De nidal tan mielado el paladeo / entusiasma a este niño: ...los turrones, / el mazapán, su tacto de ilusiones / y nieve, ya anunciado el jubileo”.

Inserto gozosamente en la creación, en medio de todas las criaturas que le rodean, humanas, animales o botánicas, sobrevive el recuerdo vital del maestro y amigo José Hierro, reverdecido perenne en el esplendor vegetal del ficus que él plantara en el jardín del poeta, bajo el cielo protector y azul del Valle de Pechina, cuya transparencia cala de íntima serenidad el alma, y donde la felicidad se hace casi respirable en la templanza de una Naturaleza a la vez desértica y frutal, con aromas y efluvios salinos de la marisma cercana.

Y junto a los nietos y el amigo, el recuerdo radiante y emocionado del hermano, trasfundido a la plenitud ubérrima de un Levante rebosante de fertilidad y dulzura, trascendido a la materia vegetal y marina de esta orilla mediterránea donde estrechamente trascendieran juntas sus vidas.

Pero no solo las humanas; el ancho corazón de Domingo tiene espacio suficiente para recoger y asilar a todas las criaturas que crucen o que aniden en su horizonte doméstico. Y sorprendente sería el título ultramoderno del “roquero solitario”, que nos haría pensar en un batiente cantante de rock Más o menos duro, si no intuyéramos que se trata del ave, de una especie de pájaro muy parecido al gorrión; pero que no gusta de volar en bandadas colectivas sino independiente y a su bola. Soneto

de gran novedad expresiva, con rimas de original sorpresa y armonía, y no exento de una mirada piadosa e impregnada de humor con que el autor contempla a todas estas pequeñas compañías de su vivir. Porque a los nietos, a los amigos, al hermano, se les ayunta esta otra cercana familia franciscana, que para Domingo Nicolás son los árboles, sus frutos y sus pájaros, una botánica esplendorosamente levantina y una volatería que con el poeta muestran una familiaridad, o consanguinidad, de primer grado.

Pero también el poeta pasea su mirada melancólica por la tierra herida, este poeta tan amante de la verdad y entrañado en la Madre Naturaleza. La segunda sección, "Solsticio (del Cereal y la Mirada)", nos recibe con el pórtico capitular, en verso libre, titulado "¿Influencias del astro?", una especie de alegato, o súplica de clemencia de la divina Tierra, de una Tierra sagrada y profanada, ante las vejaciones acaso irreparables de que anda siendo objeto... De ahí la razón sorpresiva de su expresión final ante la espiga, símbolo de la obstinada fecundidad de un universo amenazado, que está perdiendo ya gran parte de su potencia genitora: "...Y en ti, espiga imprecisa, / —de pulso en el deshielo a tu quebranto—, ¿volveremos a hallarnos?"

Estamos en la zona de granazón del libro, que es, a su vez, la de los sueños hechos realidad, aunque amenazada por el hombre; es ya un tiempo de cosecha, y en esta sección brotan, con toda la potencia de la tierra, ajustados sonetos que confirman y expresan gozosamente la plenitud de ese orbe natural del que Domingo Nicolás parece recibir los flujos germinadores para su poesía enraizada en el humus y "arraigada" en el orbe de lo familiar y de lo natural, bajo esa cúpula protectora del aliento divino; pues estamos, de hecho, ante una poesía de íntima religiosidad, de cordial religación humana y espiritual tanto con los dones y los alimentos terrenales y las personas que nos configuran como con la sentida creencia esperanzada en un Creador sostenedor de toda esta armonía, que viene a compendiarse y a tener su reflejo en la pautada y métrica armonía de estos sonetos.

Es un cántico a la vida y a todas sus criaturas, que queda resumido en ese "Cántico del trigo", en esa originalidad expresiva y un tanto franciscana del esforzado trigo cotidiano que nos llega "con su animoso caminar de lego", primero a nuestros ojos y luego a nuestra mesa, para sumarse humilde y gloriosamente al orden de la vida y a hacérnosla más apetitosa.

El roquero solitario, la espiga, el ficus... cuánta religiosa solidaridad con todas las criaturas, aún las más despreciadas y rastreras bestezuelas del entorno doméstico, que pertenecen también, y con todo derecho, a ese orden vital que a todos nos constituye y en el que estamos solidariamente insertos. Y así tras los arreglos del jardín y la desaparición de ramajes, de posibles guaridas y recovecos, queda un melancólico remordimiento: "Con la imprevista poda y sus razones / os condené al desahucio. Ahora me siento / culpable; aniquilé vuestro aposento... / ¡Cuánta perfidia, ratas y ratones!"

Pero en esta lírica convivencia dialéctica con las bestiecillas del entorno, se transparenta asimismo una cordial ironía, unos rasgos de humor fresco y afectuoso, como en ese "mirlo *ocupa*", que poco tiene que ver con ese otro chopiniano mirlo, de frac vestido, del poema musical de Gerardo Diego, y que con toda prepotencia usurpadora "clama que ¡El huerto es mío!", sin consideración a la paz de ese jardín ni a los títulos de propiedad de su dueño.

Y entre toda esta fauna cotidiana, no podía faltar, tratándose de Domingo, el augusto y soberano, el confortable esplendor gatuno de “un doméstico félido, Su Alteza / Sir Antoñico...”, con todos sus derechos de propiedad casera ya reconocidos. Soneto de una insuperable y originalísima maestría verbal, que nos brinda esa ironía comprensiva y casi paternal del poeta ante este otro miembro más de la familia.

El pórtico III del libro, “Por los vanos del tiempo...”, trata de la supuesta inocencia del ser humano frente al fallo de culpabilidad de orden infinito del que se le hace reo, “asunto ya a debate personal con diferentes teólogos y sin posible resistencia (Dios nos libre de inútiles soberbias)”, me confiesa el poeta, al comentar juntos este libro, entre la esperanza y la desesperanza.

Curiosamente el pórtico a la IV sección del libro, “Solsticio (de los vagos Caminos)”, mantiene una estructura diferente a los otros, pues dentro de un poema en metro vario inserta un original, insólito soneto en cuanto a vocabulario y otras fórmulas de orden matemático empleadas se refiere..En esta sección, un tanto oscura y dubitativa, el poeta se enfrenta ante una *meditatio mortis*, dentro de una atmósferas de grave temperatura existencial y metafísica, alejado ya de la gozosa afirmación de poemas anteriores: “...¡volúmenes de Dios!: ¿dónde el aroma / de su indulgente trigonometría?”. Y aquí encontramos los poemas de más hondo latido, como el dedicado “in memoriam” al hermano desaparecido, o los titulados “Cómo acabar la nada es el misterio”, o “Del más oscuro signo luminario”. Pero hay uno de título estremecedor, y que resume el espíritu de esta última zona del libro: “Del velero que parte y va sin dueño”, maravilloso endecasílabo.

También memorable es el último, “Cita”, soneto anafórico (“De soledad... de soledad...”) a lo largo de todos sus versos, en el que el poeta contempla, como por vez postrera, su Valle de Pechina: “De soledad el vuelo me estremece. / De soledad, si al fin afronto y viro / de soledad el Valle. Ya oscurece”.

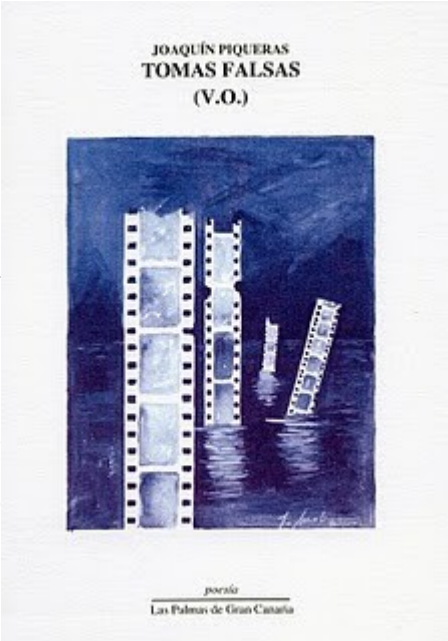
Así, con una pausada beatitud de ocaso que se cierne sobre el contemplativo, se cierra el libro, y nos asalta el solemne y sencillo recuerdo del final de la Égloga primera de Virgilio, aquel “Et iam summa procul villarum culmina fumant / maioresque altis de montibus umbrae”. (Y ya comienzan a humear las techumbres de las alquerías / y van cayendo, cada vez mayores, las sombras desde los altos montes.”) Y no es nada gratuito el recuerdo del clásico latino, con todo su vivo e inocente amor por la Naturaleza ante la benigna y comprensiva mirada de Domingo Nicolás por todo ese mundo natural que le rodea, hecha de amor y poesía, una poesía consustancial a su manera de mirar el mundo y que impregna de una emoción palpitante y humanísima cada uno de los versos de este canto a la vida antes de las definitivas sombras del crepúsculo.

Córdoba, 11 Octubre de 2010

JOAQUÍN PIQUERAS O EL ARTE DEL POEMA BREVE

Por **Fulgencio Martínez**

Tomas falsas (V.O)
Joaquín Piqueras
Colección Poesía
Ayuntamiento de Las Palmas
de Gran Canaria, 2010.



El nuevo libro de Joaquín Piqueras, premiado y publicado por el Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria, consagra la maestría del poeta murciano en el arte del poema breve. Incluso entre los poetas más originales de las tres últimas décadas, en la cuales se ha producido una travesía del desierto de la poesía escrita en España, Joaquín Piqueras es uno de los que han logrado alcanzar mayor personalidad y dominio de una técnica propia (en el caso de nuestro poeta, además, ese logro lo ha hecho desde la humildad y la pasión crítica y autocrítica, síntomas del verdadero arte). Desde su primer libro -publicado en suplemento de *Ágora-, Antología del desconcierto,* al que siguieron *Concierto non grato* (Premio de Poesía Ángel Martínez Baigorri), y *Los infiernos de Orfeo* (Premio de Poesía Antonio González de Lama); se apuntaba el dominio del registro del poema breve, una forma trabajada progresivamente por el poeta, hasta volverla dúctil para los contenidos cada vez más sociales y la ironía inteligente no agresiva, que es marca de la casa de Joaquín Piqueras. Sin embargo, *Tomas falsas (V.O)* llega a darnos auténticas piezas antológicas de este arte, al que ahora, en breve, me refiero, antes de pasar a visitar uno de sus poemas magistrales, como botón de muestra.

El *poema breve* constituye una forma aparte, dentro de las composiciones poéticas. En cuanto a su extensión (que ha de ser corta, entre 8 y 20 versos; por término general) se distingue de otras formas poéticas breves acuñadas por la tradición (soneto, octava, décima, etc). No tiene un número preciso de versos. Desde el punto de vista retórico, se separa de la sentencia, o el aforismo, o el apunte impresionista (aunque puede contener algo de éstos). Y en cuanto a su tono y contenido, el poema breve admite desde lo más lírico a la más objetiva exposición. Quizá, no obstante, como mejor se demarca el *poema breve* es por oposición al *poema largo,* que ha tenido, sin duda, mayor fortuna en la poesía, en cuanto a sus logros; por referirnos a la española, el *poema largo,* a pesar de no haber sido cultivado mucho, ha dado resultados excelentes, como son los poemas largos de Luis Cernuda en *Las nubes* ("El ruiseñor sobre la piedra", "Lázaro", etc); y si nos referimos a la universal, hemos de mencionar al maestro de este género, al Leopardi de *La ginestra.* En cambio, el *poema breve* no ha sido, creemos, suficientemente apreciado en su técnica y originalidad.

El *poema breve* contiene el inicio y el fin de un tema, ha de dar la impresión de cierre sobre sí mismo; y sobre todo, la conclusión es sorpresiva. Frente al *poema largo*: que inicia un tema, lo varía con otro, lo desarrolla, y conduce a una conclusión no sorpresiva. Mientras el *poema largo*

cabalga en sus meandros por estrofas (cada una de las cuales pudiera ser independiente y con contenido propio, a la vez que hace avanzar el tema; así, el modélico poema largo de Cernuda, “El ruiseñor sobre la piedra”, dedicado a El Escorial: cada una de sus diez estrofas son temáticamente autónomas y a la vez sostiene el tema de la inmortalidad: un simple repaso de los primeros versos de ese a modo de “decálogo” estrófico nos es suficiente para reparar en ello (advertimos, de paso, que en las estrofas 2º, 3, 4º el poema varía el tema hacia la nostalgia andaluza del poeta y su yo; retornando luego al rosario lírico de metáforas dedicadas al monasterio de Felipe II):

1ª Lirio sereno en piedra erguido...
2ª Recuerdo bien el sur donde el olivo crece...
3ª Porque me he perdido...
4ª Hay quienes aman los cuerpos...
5ª Tus muros no los veo...
6ª Eres alegre, con gozo mesurado...
7ª Agua esculpida eres...
8ª Tú, hermosa imagen nuestra...
9ª Tú conoces las horas...
10ª Así te canto ahora, porque eres...

Frente a la amenaza de la muerte de la patria (tras la guerra civil y el exilio) y con ello, de la pérdida de la identidad del yo del poeta y del hombre Luis Cernuda, el poema canta la voluntad inmortal, que (aun sabiéndose piedra, sueño, imagen reflejada en las nubes y en el agua, o flor convocada a renacer efímeramente), representa El Escorial, para el poeta.

Del mismo libro *Las nubes*, y aun más de los primeros libros de Cernuda, podríamos extraer ejemplos magistrales de poemas breves. Lo mismo que en Juan Ramón Jiménez.

Aunque. en general, los poetas españoles no han estimado mucho esta forma poética. El *poema breve*, por otra parte, tiene un parentesco con la canción, con la que a veces se puede confundir. El *poema breve* puede presentarse en un poema monoestrófico (una sola tirada de versos) o en dos, tres, o cuatro estrofas. Tres sería la composición estrófica ideal del poema breve. En efecto, la presentación poliestrófica dota al poema breve de un aire de canción, y, en otro aspecto, le hace benjamín del *poema mayo*r, forma que hemos analizado anteriormente. Si la distinción del *poema breve* respecto al *poema largo*, creo que ha sido aclarada; en cambio, distinguirlo de las formas cancioneriles breves se puede hacer dificultoso. Por ello, el poema breve “puro”, más nítido, hemos de verlo en su presentación monoestrófica: un solo aliento de ver, un inicio que no contiene desarrollo, pero sí una conclusión sorpresiva; en él, el poeta se vuelca en un golpe de aliento, nos mete de forma abrupta en su jadeo que de pronto nos deja una perla, antes de volverse al silencio. Un cierto aire sentencioso, aseverativo o bien irónico (aunque el poema breve no es un aforismo) acompaña el modo de su decir. Y si el *poema breve* es impresionista, u objetual, expone (sea elusiva o directamente) de forma invasiva para el lector un doble mensaje: el de la cosa y el de yo que observa o cuenta.

Con estas observaciones, propongo visitar el primer poema del libro de Joaquín Piqueras, *Tomas falsas.*

SALIDA DE LOS OBREROS DE LA FÁBRICA

Una fotografía en blanco y negro
en un ajado álbum de familia
genera una violenta panorámica
hacia el pasado, que desemboca
en este plano fijo en la memoria:
obreros saliendo de una fábrica,
obreros con caras sucias y almas
hipotecadas, hombres y mujeres
vestidos de azul, que saben lo que es
el sudor en el frente de la vida,
y entre ellos, mi madre, rostro anónimo
que regresa a su hogar, con el pan
bajo el brazo y un adiós en el pecho.

El poema es un ejemplo perfecto del arte al que nos referimos: el *poema breve*. Abre, como dijimos, el libro pero también la primera de sus secciones (que siguen las etapas del arte cinematográfico), "Etapa muda". En el poema prima la *escena*, lo visual, que se da completa sin desarrollo (sólo los adjetivos, como "sucias", "hipotecadas", lo insinúan de forma que no es preciso desarrollar más), y el final, con la evocación, en un *zoom* subjetivo, de la madre "*y entre ellos, mi madre, rostro anónimo*", rompe y desautomatiza el discurso presentado y nos produce un efecto de sorpresa, que ahonda el valor emotivo y lírico de la composición.

Quiero indicar, de paso, otros elementos de sorpresa o novedad del poema, como, en su léxico, el uso de la palabra "fábrica" y "obreros". En un poeta de 2010, suena a novedad absoluta, hasta fonéticamente esos vocablos resultan casi extraños en la poesía que se nos ha vendido como tal en los treinta últimos decenios. Otro elemento de sorpresa es la presencia de la ironía en el poema, la ironía como recurso retórico, en el que no reparamos mientras se produce en la lectura; el poeta usa de la convención del cine, de la convención de una forma poética, para introducirnos, por medio de ese procedimiento irónico apenas desvelado, en la problemática humana y social, y en la actualidad.

No habla de obreros, a la manera retrospectiva de un poema de realismo de los años 30, sino de obreros actuales, cuyas vidas están hipotecadas, todo sabemos por quién y cómo.

El difícil arte de hablar del presente y sus inquietudes, para lo cual hay que encontrar un lenguaje nuevo, un indagar en las antiguas fórmulas retóricas para volverlas a lo que uno quiere mover con su poesía; y lo que el poeta siempre quiere mover y moverse es en el presente y en el futuro. Mucho más fácil, pero ineficaz poéticamente, es no tocar los temas que nos preocupan, porque ya hubo estilos, escuelas o poetas que hablaron en su tiempo de obreros y del mundo real. El verdadero poeta, como Joaquín Piqueras, se hace en el riesgo por encontrar la palabra para hablar del mundo presente, que es siempre el primer peldaño que conocemos del futuro, por tanto también por hablar del futuro. Poeta y profeta del presente (futuro) son la misma expresión.

LOS MALOS POETAS

Por **Jorge Fernández Gonzalo**

Jorge Fernández Gonzalo es Doctor en Filología Hispánica por la Universidad Complutense de Madrid con una tesis sobre la poesía de Claudio Rodríguez. A su faceta como investigador hay que sumar su actividad como poeta: es autor de cinco poemarios, publicados en diferentes colecciones como Hiperión o Adonáis, por los que ha recibido diversos galardones.

Con el paso del tiempo, la perspectiva que nos ha dejado la literatura compone un mal reflejo de lo que en verdad sucedió en el panorama de las publicaciones poéticas: esto no debe escandalizar a nadie. No hace falta decir que la *literatura* se fragua en el salón, que es un objeto de consumo burgués, y que constituye su propia enemiga en cuanto que ella misma se encarga de aparecer respaldada por los mismos poderes que intentara echar por tierra. Las obras, todas las obras, quedan fuera de la férrea mano del canon, no ejercen potencia alguna, caen blandamente en un espacio (Blanchot hablaba de un *espacio literario*) que está más allá de, por ejemplo, los movimientos de mercado, las reseñas en suplementos culturales o los índices de ventas que intentan apropiarse de su esencia inocua. Y sin embargo, *las obras no son la literatura*. La literatura constituye una gestión mediatizada de las fuerzas que ponen en juego las obras, una suerte de redistribución de flujos, de apropiación de códigos, que hace de lo que entendemos por *literatura* un juego cuyas reglas sobrepasan a los propios jugadores, los enfrenta y arbitra sus destinos.

Sin embargo, hay jugadores en esa partida que no salen en los manuales. Borges fue muy sensible a esta participación de los malos poetas o "poetas menores", como él quiso llamarlos. El laurel de la medianía tiene hoy cierto prestigio, especialmente si ésta viene acompañada de un divorcio de los poderes y de las condiciones que configuran el canon, lo que no viene a negar el hecho de que existan poetas favorecidos por los medios que comparten igualmente la baja calidad en sus producciones, aunque no es ésta insuficiencia lo que se valora, sino cierta pose mediática y una más que abultada agenda de contactos. Como ya señalara el poeta y cuentista argentino, ¿habrá mejor suerte que ser la ceniza de que está hecha el olvido?

Sin embargo, sería preciso atender justamente a ese impulso que el poeta menor, el mal poeta, puede ejercer desde su empuje colectivo sobre los otros poetas que recibieron "la inexorable luz de la gloria". Su contribución anónima, convulsa, al panorama literario es tanto más importante cuanto menor sea la fuerza de los nombres, cuanto más secreta sea la revancha que ejerce su clamor ciego,

su silencio torrencial. Nótese que frente a esa singularidad prototípica de Borges ("*un* poeta menor", dice) es necesario contraponer la violencia de la multiplicidad: poetas menores, secundarios, poetas malos en su pluralidad que ofrecen, con igual justicia caritativa, y aun simultá-neamente, la potestad de encumbrar y oscurecer los esfuerzos individuales de los poetas *fuertes* de cada generación.

La casa de los poetas

Si se hace una breve panorámica sobre las últimas décadas del horizonte literario en España, es fácil notar de qué manera, en movimientos masivos como el de la poesía de la experiencia, se crearon muchos malos poetas. El escritor Antonio Gamoneda lo expresa con brutal franqueza: "en nuestro país puede haber ahora mismo –1997– doscientos amigos (poetas, profesores, críticos, editores y antólogos) que proponen acciones como «acercar la poesía a la vida», «normalizar el lenguaje» o «fundamentar la poesía en experiencia». Nada de esto (amo a Jorge Manrique, al Arcipreste de Hita…), a pesar de su carácter poéticamente neutro, me parece detestable, pero sí una simpleza histórica. Además, en tales propuestas se insinúan finalidades cuantitativas que no lograrán más allá de una breve captación de *aficionados*, es decir, que no podrán realizarse y conseguir, en la vida y para la poesía, una función real y amplia". Los *aficionados* parecen ser aquí, con admirable criterio por parte del autor, tanto esos malos poetas a los que aludimos como el conjunto de lectores, comentaristas, editores, tribunales, etc., que participan de la literatura y ayudan a conformarla desde su masificación y trivialización.

Hay que añadir, sin embargo, que este efecto fue causa de su propio funcionamiento, un producto de la maquinaria democratizadora de la poesía de la experiencia, la cual estaba obligada a acoger en sus brazos un amplio espectro de poetas que, arropados por la dimensión universal y abarcadora de su propio programa, acabaron por echarlo a perder. Quizá sea éste, no obstante, un fenómeno constitutivo de la literatura, que debe retorcerse hasta el delirio para volver a aflorar de sus propios escombros. Quizá esta *crisis* sea su objetivo movedizo a través de las generaciones y los diversos movimientos artísticos, y la poesía sólo quiera acechar este límite hasta destruirse y pasar a otra cosa. En la poesía de la experiencia el ideario era tan limpio, tan fácil, que fueron no pocos los que vieron que se reconocía en su dimensión plural y aperturista sus propias ansias de escribir y contar. Muchos malos poetas acabaron hablando de su experiencia, con la licencia y el respaldo de un canon que los había acogido (maniobra mediática, probablemente, que se les fue de las manos a los propios poetas fundadores y que acabó bajo la informe y monstruosa tutela de los *massmedia*). Entonces, cualquier poetastro que fumase, hablase en los bares, ligase, viese la tele y durmiese en hoteles cochambrosos tenía las herramientas suficientes para decir las trivialidades de su experiencia individual (y torpemente colectiva, compartida por todos). Lo cotidiano ya no tenía máscara alguna, y los vates de esta cotidianidad fueron pronto legión. Habría que hablar, sin embargo, de una popularización tal del movimiento que en pocos años tuvo que asistir, por esa estructura *piramidal* que presentaba, a la renuncia, por parte de los grupos de presión que formaban la base, de algunas de las más dignas propuestas de los padres fundadores, desvirtuando así las líneas ideológicas maestras para ofrecernos una experiencia del vacío, de la yoidad más inane que había caminado por nuestras letras desde el peor Romanticismo.

Pero no nos engañemos: siempre fue así. El *rubenismo* de Rubén Darío se dejó sentir con la misma intensidad en toda una pléyade de poetas que, más del otro lado del charco que de éste, pronto transmutaron la elegancia del maestro en una reiterada y colorida consigna. Las vanguardias, y muy especialmente el surrealismo, dieron con igual fortuna, hasta el punto de avergonzar a los que tuvieron algún que otro flirteo juvenil con sus propuestas, como ocurriera con aquellos poetas

del 27 que no admitieron nunca o matizaron constantemente sus iluminados inicios surrealistas. Los grupos de presión que formaron los malos poetas, tanto entonces como en nuestro más cercano panorama literario, no dejan casi rastros en la historia, como traviesos fantasmas que juegan a mover los muebles de la casa sin que sus inquilinos lleguen a verlos. Sin embargo, como sucede con los fantasmas, sentimos igualmente sus efectos: los verdaderos habitantes de la casa no saben donde han dejado las gafas, echan en falta el periódico, las zapatillas, alguna que otra camiseta limpia, y tienen que levantarse cada dos por tres para arreglar los aparatos que parecen haberse estropeado. Los malos autores empujaron al grupo más válido de poetas de la experiencia a su propia destrucción, aunque aún hoy sigan escribiendo; a su propia *mudanza*, por decirlo nuevamente al hilo de nuestra alegoría, como si los inquilinos hubieran tenido que vender la casa para que las ocuparan otros.

Generaciones *blogger*

Aunque, claro, como en las películas, al principio casi ni se nota que la casa está encantada. ¿Quiénes son hoy nuestros fantasmas? ¿Quiénes los habitantes de la casa de las letras españolas? Es difícil precisarlo. El panorama poético se ha abultado sobremanera y hay tantas tendencias como antologías. Lo cual es mucho. La poesía de la experiencia sobrevive y ve crecer bajo su sombra a las formas foráneas de un realismo sucio. La poesía del silencio está ahora algo más callada que de costumbre. La poesía metafísica, por otra parte, no forma un grupo compacto y sólo hay nombres distanciados entre sí tanto como el desgarro de la experiencia vital, individual, puede distanciar a los hombres. Las vanguardias siempre han estado ahí, que yo recuerde; hoy han visto una salida en cierta posmodernidad ruidosa. Y la poesía de mujeres, que no es toda la poesía que escriben las autoras, sino sólo una muy determinada, así como ocurre en la poesía joven, la cual no tiene tanto que ver con la edad como con las falsas revoluciones literarias, forman casi sendos géneros que la prensa ha consagrado adelantándose a los manuales al uso.

Vemos que ocurre todo lo contrario a lo que pasaba hace quince años: sólo encontramos a los fantasmas, los cuales, aburridos porque ya no hay nadie a quien asustar, prefieren asustarse entre ellos. Pero estos sí salen en las fotos, no como los traviesos espectros del hogar. A falta de una línea de poesía que marque tendencias, y por una serie de facilidades mediáticas (Internet, prensa especializada que baila el agua a los jóvenes, amplísima infraestructura de premios, editoriales y revistas), la poesía actual configura toda ella un grupo de presión que no tiene nada que presionar, salvo a sí mismo, porque aquí todo el mundo escribe, critica, pinta y se hace fotos de admirable sugestividad plástica. El que menos tiene un blog, ha salido en tal antología, le han traducido (en otro blog) al checo o al birmano, y a veces, sólo a veces, hasta publica libros. Pareciera que hoy los malos poetas somos todos.

¿POR QUÉ ESCRIBIR?

Por **Rubén Muñoz Martínez**

Los escritores *tienen* que escribir. En su apariencia simple esta expresión tautológica contiene el sentido más íntimo de la profunda vida del escritor. Para el escritor escribir es como respirar, es una necesidad ineludible que hay que realizar.

El acto de la escritura hunde sus raíces en la necesidad de expresión y en el intento desesperado por superar la finitud y alcanzar la eternidad.

La necesidad de expresión nace en un movimiento interior que empuja decidida e irracionalmente hacia la conformación exterior y ordenada de "aquello" que bulle interiormente. Este movimiento brota en una hermosa dialéctica, difícil de explicar. En resumidas cuentas, se trata de una "voz interior" que no se puede acallar y que empuja a la manifestación exterior de lo que "sucede" en el alma del creador. El escritor asume intuitivamente este fenómeno, y placenteramente obedece los designios imperativos de la voz que le ordena escribir. Algo "habla" -probablemente se trate de los estratos más profundos y constituyentes de la propia personalidad del escritor- y el escritor escucha.

Además de una necesidad de expresión, escribir supone un intento por superar la finitud, lo cual tiene su germen inicial en el deseo de inmortalidad, pero este deseo de inmortalidad no surge por miedo a la muerte sino al olvido. Se trata de una resistencia por combatir los envites del tiempo y hacer frente a la caducidad, a través de la fuerza originaria que emanan de las palabras magistralmente escritas. El escritor, totalmente consciente de su finitud, se ve en la obligación de crear una obra que lo guarde del olvido y lo mantenga resistentemente en el recuerdo.

Otra de las razones fundamentales por las que el escritor escribe, la hallamos en la pretensión de comprender hondamente el mundo y la existencia.

El pensamiento escrito construye una estructura que no le es permitida establecer al pensamiento no escrito. Así, la escritura posee la enorme virtud de articular de una manera ordenada todo el movimiento interno del pensamiento y todo el acaecer externo del mundo, lo cual proporciona al autor la posibilidad de encontrar un mayor asentamiento en su propia existencia.

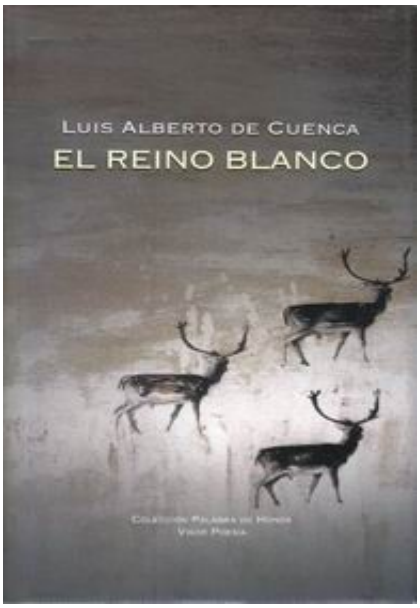
En definitiva, podemos decir que el acto de la escritura está gobernado inicialmente por una fuerza irracional incontrolable que impulsa a crear, y que termina haciéndose medianamente *presente* en las letras del autor. Así es como de una u otra manera, las inquietudes, miedos, intuiciones, sentimientos, frustraciones y reflexiones últimas acaban desembocando en los diversos textos. Todo lo que nos determina, ya sea consciente o inconscientemente y todo lo que un escritor pueda pensar y sentir, termina siendo plasmado en las obras escritas. Parece ser que la escritura supone un modo de terapia, que ayuda a comprender la propia existencia y la de aquéllos que nos rodean.

Rubén Martínez Castillo es autor del libro *Tratamiento ontológico del silencio en Heidegger. Ha publicado artículos en revistas especializadas como Cuadernos sobre Vico, y Thémata.*

BIBLIOTHECA GRAMMATICA

EL REINO BLANCO

EL REINO BLANCO
Luis Alberto de Cuenca
Visor
Madrid, marzo de 2010



El reino blanco es el título de la entrega poética más reciente de Luis Alberto de Cuenca, que él mismo nos introduce: "*el título de este libro me lo regaló Marcel Schwod. Consta de noventa poemas escritos entre 2006 y 2009, aunque algunos- muy pocos- son anteriores a 2006*", y que los lectores de *Ágora, papeles de arte gramático* hemos tenido oportunidad de descubrir ya algunos: *Mujeres en ninguna parte*, *Central termoginética*, *Recuerdos de infancia* o *Happy family*, que me vengan ahora mismo a la memoria.

Esta entrega poética es, sobre todo, un canto a las mujeres- algo, por cierto, muy común en la obra poética de De Cuenca-, pero además al amor, y a la pasión que ese sentimiento despierta. Está dividido en diez partes, donde el madrileño ha ido colocando los poemas según como los ha escrito (sirva de ejemplo la parte dedicada a los Haikus o a las Seguidillas), el tema (Sueños, Recuerdos) o la entonación, el tono, que ha pretendido darle al poema.

Dedicado a "Alicia, amazona del verano", antes de entrar el la primera parte, Sueños, nos recuerda que "la muerte es ese desconocido que aparece en las fotografías familiares", por eso tal vez el libro sea también un canto contra el tiempo de la muerte, a favor de la vida y del verano, un verano que se ha terminado cuando escribo este comentario, pero que tiene más de canícula eterna, permanente, como esa alegoría a la Jerusalén inmortal que Michael Moorcock nos presentaba en su Multiuniverso.

La poesía de Luis Alberto de Cuenca se hace cercana al lector, por su claridad expositiva, por los temas cotidianos que nos presenta- destacable *La maltratada*: "...Me quedo/ acurrucada en un rincón del dormitorio,/ esperando que vuelvas y sigas arrasando/ con gestos de desprecio, con golpes y con gritos/ aquel campo de amor que cultivamos juntos"- incluso por tratar lo que llaman temas urbanos, por los tebeos que hemos leído, por las canciones que hemos escuchado.

He leído este libro un par de veces, y volveré a hacerlo en un futuro, porque cuando se tiene cierta edad, ya se sabe, más que leer, se relee lo leído, y sé que volveré a encontrarme con esa delicia de la parte titulada "Puertas y paisajes", y entraré en ella por la Puerta abierta, y me pondré, sin más, a la tarea.

Francisco Javier Illán Vivas

LOS ADOLESCENTES FURTIVOS

LOS ADOLESCENTES FURTIVOS
Toni Quero
Prólogo de Pere Gimferrer
LES ADOLECENTS FURTIFS
Edición bilingüe francés-español
Traducción francesa de Renada-Lauda Portet
Premio internacional de Literatura
Antonio Machado 2009
Cap Béar éditions (Perpignan, France) 2010

El libro *Los adolescentes furtivos*, de Toni Quero (Sabadell, 1978), sorprende por su música verbal y su ritmo emotivo, que nos hace volver a sentir el enamoramiento de la poesía que leímos en los años 70 del siglo XX (Aleixandre, Carnero, Pere Gimferrer).

Leyendo la primera sección de *Los adolescentes furtivos* nos viene una cierta sensación de *dejá lu* que se mezcla con la alegría de redescubrir, en el libro, la gracia de la Poesía que nos enamoró siendo adolescentes. Me quedo, como lector, con este regalo gozoso, que me devuelve la revelación de la palabra poética. No es poca cosa, hoy en que legión de poetas "jóvenes" escriben, sin estar dotados para el ritmo y a trompicones, "poesía joven" aunque hayan cumplido más de treinta años. Pero, en el caso de Toni Quero, el clisé se nos cae: ya en una primera lectura seguida de su libro, captamos el esfuerzo de un poeta de verdad: la autenticidad de su voz se revela por la respiración de fondo que acompaña nuestra escucha de *Los adolescentes furtivos*. Esa autenticidad le da una segunda lectura, que no necesariamente ha de coincidir con la primera, más externa e impactante.

Las notas que siguen son mi pesquisa en el estrato de fondo de esta poesía; están guiadas por el intento de explicarme la originalidad de su autor, que descubro de primeras, a la vez que me viene envuelta en una impresión de *deja lu*.

No anticipo que dicha impresión sea un demérito: al contrario; podría ser un gran acierto el de esta poesía el provocar la actualidad de la mejor. Es claro, sin embargo, que, para mi análisis, esto complica y hasta cierto punto oculta el ver lo propio del poeta Antonio Quero.

Partiré de un poema, "Sabadell", que quizá no es central en el imaginario del libro (levantado sobre el viaje de los *adolescentes furtivos*, en busca de lo desconocido, del otro lado, siempre, de este aquí limitador; en busca de la belleza y de ciudades fantásticas, literarias (literaturizadas) como Venecia, París... El libro se abre con una cita de Rimbaud, que ejemplica bien ese afán de huída pero, a la vez, de inquietud y búsqueda de una identidad más real, más plena; también, la angustia y el remordimiento por detenerse, y vacilar en ir hacia lo nuevo. Lejos de una fútil evasión, el libro, pues, se plantea nada menos que como una metáfora del espíritu y de la poesía moderna).

El poema "Sabadell", "mi vieja ciudad de plomo", "allí fue todo", dice Quero. De la serie dedicada a ciudades y lugares emblemáticos para el poeta (Oporto, París, Venecia, Pontedeume),

este poema es el que pone el comienzo del acento personal de Toni Quero, y donde se trenza el hilo que va a acompañarle por los laberintos de su búsqueda. Las referencias al Minotauro y a la memoria, que aparecen en poemas anteriores, cobran sentido tras este poema-evocación de las señas identitarias del poeta. Porque, en el fondo, la búsqueda del héroe adolescente de su identidad, es también la búsqueda en sí mismo del poeta, por realizarse como tal.

El poema titulado "Ser poeta", "ser Rimbaud", "ser invisible", enfrentado a "la página en blanco", "a la luz eléctrica", lo dice claro: ese afán de huir en busca del otro es, sobre todo, una fijación del sueño adolescente de ser Rimbaud, de ser poeta; de la que hay que desprenderse, y no, para realizarlo con una carga propia. Afirmándose en la parte de ensoñación que es negada por lo real, en la disponibilidad del yo. (*Je suis un autre*, dijo radicalmente el autor de "Iluminaciones"; el extrañamiento constante, la dialéctica negativa que destruye, en sí misma, la posibilidad de afianzarse el yo en un otro definitivo, aunque este sea el mismo "Rimbaud", y que se resuelve en una huida interminable...)

Quero nos hace patente esta contradicción, que da juego a su poemario.

Así, un tercer poema que destacamos del libro "Albada", que contiene una reflexión de despedida tras un encuentro amoroso, trasunto renovado de la tradición romancesca, dice, en su arranque:

El temblor del alba,
pedazos de memoria interrumpida,
desamordazaba los cuerpos
entregados a la noche.

Y termina, con estos versos extraordinarios:

No retornarme nunca.
La brisa ondea el vello
y el húmedo cauce de sus labios.

Una centella anuncia el día.
La siega afeita campos y pestañas.

La condición del poeta asumida con madurez, y la despedida de las máscaras "furtivas" es -creemos- la verdad poética que se nos cuenta en el libro. En uno de los últimos poemas, de título mallarmeano, "El azur", se permite el poeta mirar más allá, y retrospectivamente, con piedad, a sí mismo y a los dioses o ídolos de esa extraña religión moderna, ultrarromántica, de la huída al infinito y del prurito solipsista de lo otro.

"Enmudece tus labios ante los amados por los dioses. Apiádate de ellos
tanto como de los que son perseguidos".

Para nosotros, ahí empezaría una poesía no solipsista, actual, volcada cordialmente hacia la alteridad.

Fulgencio Martínez

TONI QUERO

DOS POEMAS DE *LOS ADOLESCENTES FURTIVOS*

(SELECCIÓN DEL AUTOR)

De madrugada,
las calles se tornan feraces,
el vaho vivifica las raíces que brotan de las calzadas
y el violento carmín de los tacones de aguja
se protege de la lluvia
en los párpados ocres de centeno
que duermen en las fachadas.

En los portales,
late un murmullo de acero y cuerpos deseantes,
los maestros de esgrima se baten en duelo
y entre adoquines
flotan cadáveres de enamorados
que ensayan caligramas.

Es oscura la noche entonces.
Las chicas hispanas desenredan sus trenzas en las cabinas
y anotan versos de nueve cifras sin remite,
los canes enloquecen con su propio rastro
y apátridas del cielo descienden
a trocar sus penas en los billares.

A esas horas, la luz es un animal herido,
que danza, como las tribales formas se contemplan,
en el latón abandonado de las esquinas
y en los verticales rostros
que aguardan tras las ventanas
su propia resurrección.

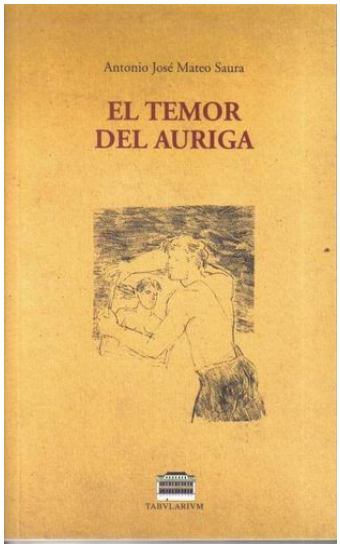
(Madrugada)

….

La perpendicular enhiesta que separa tu cuerpo y el mío tiene una pequeña falla corva, exactamente a cinco pies sobre el nivel del mar. En ese punto, descienden un número finito de vértebras hacia el vértice meridional. Remontando los peldaños, en las regiones boreales, la cerviz conserva su frescor primitivo y pervive en ella la estela olvidada de antiguos exploradores.

(Cuello)

EL TEMOR DEL AURIGA



***EL* TEMOR DEL AURIGA**
Antonio José Mateo Saura
Tabvlarivm
Murcia, abril de 2010

E*l temor del auriga* nos introduce por un camino estrecho que exige constantes renuncias... así comienza el texto de la contraportada, que hoy, después de la reciente pérdida del autor, suenan como un eco lejano, que nos traen recuerdos de la pretensión de su autor, de aquella aspiración a lograr lo más tangible, lo más sencillo, porque la seguridad de cuanto nos rodea ya no la encontraremos en ningún asidero.

El libro está dividido en seis partes, con cuarenta y nueve poemas, prosa poética en muchas ocasiones, dedicado al hijo del autor, Antonio José. A lo largo de los versos recorremos un camino que nos puede producir temor, el mismo que rodea al auriga, por que nos encontramos ante una evolución personal que nos llevará, con Mateo Saura, hasta algo que no podremos abordar, puede que inafrontable, poemas escritos desde la experiencia personal: "Cae el tiempo. Y no hay lugar donde apartar las imágenes que viven del recuerdo...", y si nos atreviésemos a leer el libro desde el último al primer poema, encontraríamos un viaje a los inicios de la búsqueda de cuanto nos rodea, "Miro el azul del mar,/ el azul del cuelo/ y sólo veo azul", alegoría al mar, a su inmensidad, algo que no podemos ver en su totalidad, como la vida, como el tiempo, podemos ver un instante, pero no el tiempo en sí. En sus propias palabras, "no se logra capturar el mar (el tiempo) en su esencia".

El temor del auriga nos recordará lo "jóvenes que permanecemos en un poema", y la muerte- y su contrapartida, la vida- se nos asomarán dolorosamente desde cada rincón del recuerdo, aunque a éste, lo miremos "desde los espejos del tiempo", no hay escapatoria, es falso el viaje placentero, ni las palabras de consuelo, ni se llega a ella cuesta abajo, sino que es una dolorosa experiencia la que nos descubre Mateo Saura.
"¡Cuántos detalles,/ ahora recuerdos,/ triunfan del encuentro/ con la aflicción!", grita el autor, mientras va encontrándose con el Príncipe, en mayúsculas, o con el príncipe, en minúscula: "¿Para qué quiero, Príncipe, el goce celestial si después de él no habrá ya esperanza?", un mundo en un poema, un mundo en un verso.

Una evolución dolorosa que nos lleva a la pregunta final: "Pero si Dios hiciera algo malo/ ¿qué le ocurriría al mundo?/ ¿Nos moveríamos buscando el abrazo/ o quizá entonces empezaría el olvido?", Antonio José está ahora allí, buscando las respuestas.

Francisco Javier Illán Vivas

UT PICTURA

Poema visual de Agustín Calvo Galán